FELIPE IV

El Imperio acosado

42. **El integrista frívolo**
Ricardo García Cárcel

44. **Época de reformas**
Doris Moreno Martínez

50. **Olivares, el sueño centralista**
Ricardo García Cárcel

52. **1640, el año fatídico**
Manuel Peña Díaz

58. **El final, el Rey al remo**
Xavier Gil Pujol

64. **El *Atlas* del marqués de Heliche**
Rocío Sánchez Rubio, Isabel Testón Núñez y Carlos M. Sánchez Rubio

***Retrato alegórico de Felipe IV*, hacia 1645, Velázquez y taller, Florencia, Galería de los Uffici.**

Hace cuatrocientos años nacía en Valladolid Felipe IV, el penúltimo monarca de la Casa de Austria, cuyo reinado está asociado a la fuerte personalidad de su valido, el conde-duque de Olivares. Perezoso y frívolo, Felipe IV vivió la decadencia española: separación de Portugal, revuelta de Cataluña, guerras con Francia y pérdidas de numerosas posesiones. Su último revés fue un heredero incapaz

El integrista FRÍVOLO

El legado del reinado de Felipe IV fue una cura de humildad para un Imperio que, en pocos años, pasó de la cumbre a la derrota en los campos de batalla, la fractura interna y la crisis económica. **Ricardo García Cárcel** traza el perfil humano de un monarca que no estuvo a la altura de sus retos

Felipe IV ha sido un rey mal conocido. Han merecido biografías múltiples los Austrias mayores, pero los menores han sido generalmente marginados en el magma de la decadencia y la crisis del siglo XVII. De ellos, sólo Carlos II ha sido en los últimos años rescatado del silencio, pero ni Felipe III ni Felipe IV han generado biografías específicas. Por otra parte, en el caso de Felipe IV, su figura ha quedado asfixiada por la de Olivares, personaje polémico y pluridimensional –de Marañón a Elliott–, bajo cuya sombra protectora Felipe IV ha eludido los juicios de los historiadores.

En su tiempo, sobre todo en la primera parte de su reinado, gozó de una excelente imagen. Cuando llegó al trono en 1621, a los 16 años, la sociedad española depositó su confianza en él, harta de la mediocridad y apatía de su padre y de la sensación de parálisis política en que se encontraba el país. Se había pasado de los delirios políticos tremendistas, los sobreexcesos carismáticos y el mesianismo del reinado de Felipe II, a la banalidad, ramplonería y ausencia de proyectos del reinado de Felipe III. De los sueños imposibles a la mediocridad posibilista. Hacía falta una alternativa entre Don Quijote y Sancho, una tercera vía entre los héroes integristas y los pícaros corruptos, entre el puritanismo de la época de Felipe II y el relativismo moral de Felipe III, entre el estamentalismo y la cultura del *parvenu*, entre la legitimidad del poder y de la opinión pública, entre la guerra ofensiva y la paz defensiva...

Los arbitristas desde finales del XVI se habían dedicado a sugerir soluciones teóricas a la crisis. Había llegado la hora de la praxis concreta para salir del túnel. La hora del reformismo. La hora de hombres como Olivares. Esta generación de reformistas tuvo como rey a Felipe IV.

Sin los complejos del padre

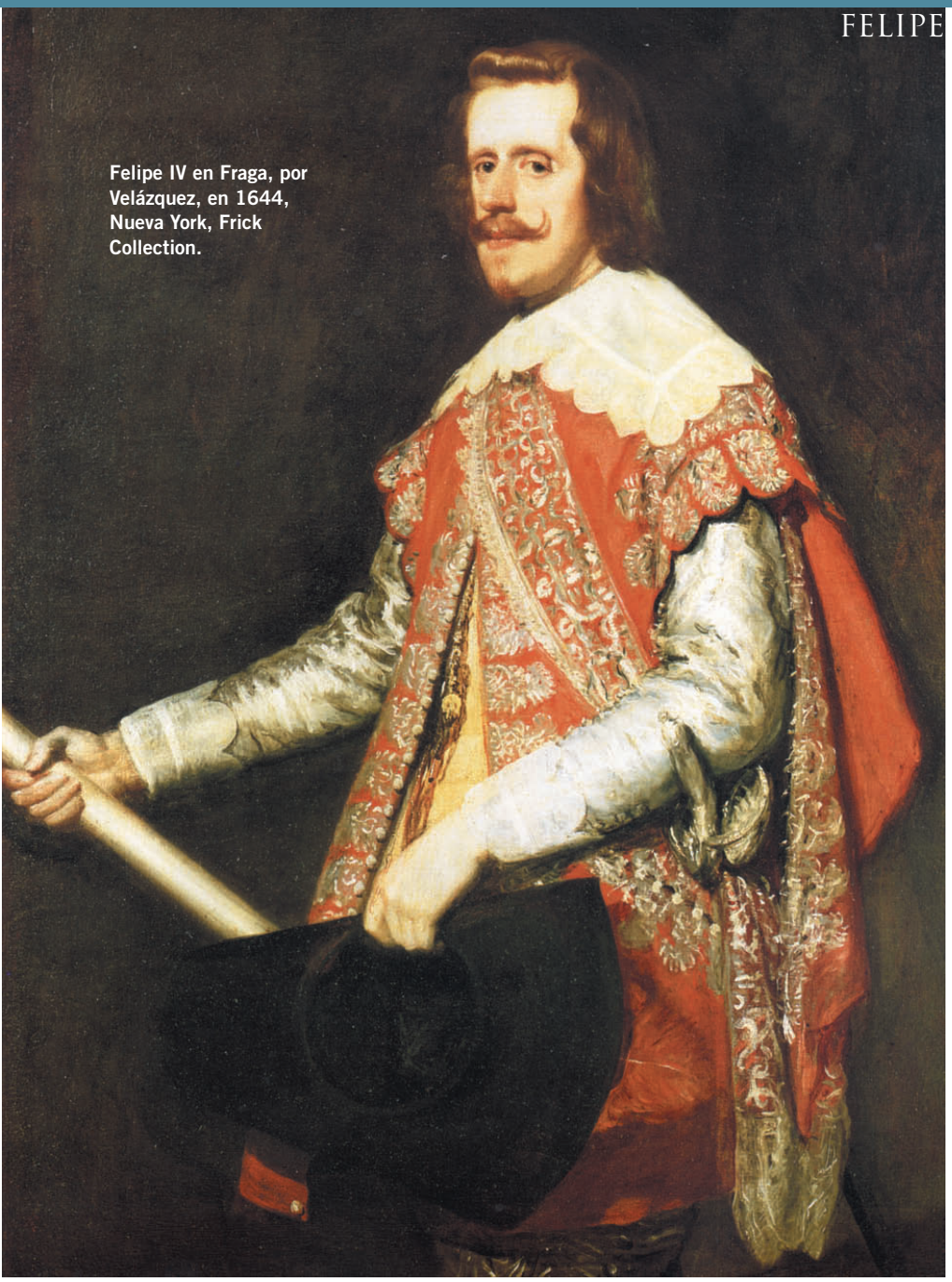
Felipe IV tenía de entrada una ventaja. Nunca sufrió la sombra del padre que había marcado a Felipe III. Éste había sido el rey estigmatizado por la ansiedad insatisfecha del padre Felipe II respecto a sus hijos varones. Le pasó con don Carlos con resultados trágicos y le pasó con Felipe. Felipe IV no había tenido ese problema. Nació el 8 de abril de 1605, hijo de Felipe III y la archiduquesa Margarita de Austria. Su madre había tenido ocho hijos, cuatro varones y cuatro hembras. Él fue el tercero, en orden de nacimiento, seis años después de la boda de sus padres. Sin el síndrome de ansiedad que había, en cambio, generado la llegada al mundo de su padre.

No tuvo Felipe IV las limitaciones intelectuales de éste ni, desde luego, sus restricciones morales. Indolente como él, fue mucho más frívolo y su vida amorosa fue un volcán. Se casó con Isabel de Borbón, que murió en 1644 y, cinco años más tarde, con Mariana de Austria.

A lo largo de los veinticuatro años de matrimonio con Isabel y paralelamente a la producción de una numerosa prole de hijos legítimos (seis hijas y un hijo, Baltasar Carlos que no llegó a reinar porque murió en 1646, a los 17 años), tuvo numerosas amantes –la más famosa, la comedianta María Calderón, *La Calderona*– y no pocos hijos bastardos (los más famosos Don Juan José de Austria y el dominico Alfonso de Santo Tomás, que sería obispo de Málaga). Con Mariana tuvo cinco hijos (tres varones y dos hembras), entre ellos, el futuro Carlos II.

Si no generó ansiedades como las que su padre había generado en una Corte necesitada de heredero, él sí que las tuvo y de dos órdenes. En primer lugar, le tocó asumir al hermano brillante que ha atormentado a más de un rey en nuestro país. Le pasó a Felipe II con Juan de Austria. Le pasaría a su hijo Carlos II con el hermanastro Juan José de Austria. Y le pasó a Felipe IV con su hermano Fernando, cuatro años menor que él y excelente político y soldado, el Cardenal-Infante –Paulo V le nombró cardenal el mismo año que nació– murió en 1641, tras victorias militares tan sonadas como la de Nordlingen (1634). Y, en segundo lugar, debió esperar mucho para conseguir un heredero que sustituyera al fallecido Baltasar Carlos. El futuro Carlos II no nació hasta 1661, cuatro años antes de que muriera Felipe IV. Aparte de

Ricardo García Cárcel es catedrático de Historia Moderna en la UAB.



Felipe IV en Fraga, por Velázquez, en 1644, Nueva York, Frick Collection.

la huella imborrable de aquel Baltasar Carlos, dos niños más, hijos de Mariana murieron antes que Carlos.

Demasiada penitencia para un pecador como Felipe IV. No es raro que desde su pasmosa frivolidad fuera evolucionando hacia un catolicismo integrista y mórbido, del que fueron buen testimonio sus singulares relaciones epistolares con la monja Sor María de Ágreda. Felipe IV fue un notable holgazán, escasamente viajero, al que España le era casi completamente desconocida –sólo fue a Barcelona y Valencia dos veces, tres a Zaragoza y una vez a la frontera con Francia, siempre en visitas cortas–. Vivió intensamente los placeres de la Corte –en sus palacios del Alcázar y del Buen Retiro, que empezó a construir en 1630, y las estancias de la Casa de Campo, El Pardo, La Zarzuela o El Escorial– su flujo literario y artístico –tenía pasión por el teatro– y sobre todo su estela festiva. La caza y los toros fueron sus mejores aficiones. Hasta su primera mujer, Isabel, se contagió de aquel mundo tan disipado y corrupto, y pasto del chismoso Madrid de la época fue el supuesto romance de la reina con el bisexual Juan de Tassis, conde de Villamediana, que acabó asesinado en 1622, en una reedición con variantes, de lo que había pasado con Escobedo, medio siglo antes.

Si, como defiende Pedro González Trevijano, los retratos definen bien "la mirada del poder" de los retratados, la de Felipe IV dice mucho del personaje. Velázquez reflejó como nadie la mirada huidiza del personaje que parece haber dormido poco, el rostro abotargado del noctámbulo, el rictus irónico del que es perfectamente consciente del inmenso desfase entre sus capacidades y la publicidad oficial. Nunca estuvo Felipe IV a la altura de lo que de él se necesitaba.

Fracaso absoluto

Olivares fue su gran baza política, su valido y máximo hombre de confianza y el hombre más poderoso de España hasta su rápida cremación política, de 1640 a 1643. Felipe IV todavía gobierna otros dieciocho años, hasta 1665. Su reinado duró cuarenta y cuatro años, más que el de Felipe II. Un reinado que empezó con la generación de reformistas de Olivares y acabó colgado de los consejos de una monja y de un nuevo valido, Luis de Haro, sobrino de Olivares, un discreto para tiempos oscuros. En medio, una de las experiencias más amargas de la historia de España: la secesión de Portugal y Cataluña. El problema de España, en su doble vertiente, interior –la gobernabilidad eficaz de una "monarquía compuesta"– y la exterior –la reivindicación del prestigio internacional– fue abordado por Olivares con la crudeza que le caracterizaba. El fracaso fue absoluto. Un fracaso que constituye el triste reflejo de los riesgos de la cirugía aplicada con tosquedad al delicado y complejo problema de España, error repetido demasiadas veces a lo largo de nuestra historia, la evidencia de que las buenas intenciones no bastan en política, la constatación de la escasa distancia de la cumbre del triunfo (Nordlingen, 1634) al hundimiento (Rocroi, 1643).

El legado del reinado es la licuación del viejo Imperio en Westfalia, la ruptura del escenario iberista y la sima de la decadencia económica. Una cura de humildad salvaje tras el entierro de los grandes principios olivaristas del uniformismo y el reputacionismo. Sólo quedó un tesoro: la formidable cultura del Siglo de Oro, que fascinó a toda Europa. Mientras España se hundía en el fango de la crisis total, Luis XIV soñaba con un imperio a la española, con el viejo modelo de Felipe II por bandera. Para los españoles, en cambio, había pasado el tiempo de la nostalgia y se había consumido el espacio de los sueños. Era el tiempo de la penitencia, de la expiación. ■

Época de REFORMAS

La recuperación de Bahía de Brasil, por Juan Bautista Maíno, 1635, celebra una victoria española sobre los holandeses en 1625, Madrid, Museo del Prado.

La primera parte del reinado de Felipe IV está marcada por su valido, el conde-duque de Olivares, cuyo programa de gobierno proponía simplificar la legislación y centralizar la administración. Los sucesivos desastres a que se enfrentó la Monarquía acabaron con su caída, explica **Doris Moreno**

La muerte de Felipe III, en mayo de 1621, no sólo supuso un cambio de Rey, sino también de equipo de gobierno. Cambio ampliamente deseado. La conciencia cada vez mayor del declive en la Castilla de Felipe III había dado lugar a un movimiento cada vez más extendido a favor de la reforma. Arbitristas, mercaderes, patricios urbanos, Cortes de Castilla… todos clamaban por una reforma de la moral, las costumbres, la administración, la hacienda… en suma, de la monarquía en general. Estas voces se sumaron a las que en política exterior reclamaban la renovación del poder militar y naval, en un esfuerzo por restaurar la reputación de España en el mundo.

Reforma y reputación. He aquí los dos ejes que guiaron la política de aquel nuevo equipo de gobierno, nombrado por el novel Felipe IV al mes de asumir el cetro: Baltasar de Zúñiga, ayo de Felipe III, recibió las llaves y los papeles de Estado; su sobrino, don Gaspar de Guzmán, conde de Olivares y duque de Sanlúcar la Mayor desde 1625, fue nombrado sumiller de corps en 1621 y, un año más tarde, caballerizo mayor, puestos que le aseguraron el acceso franco y continuo a la persona del Rey. Olivares, nacido en Roma en 1587, pertenecía al linaje de los Guzmanes, del árbol familiar de los Medina Sidonia. Su padre, don Enrique de Guzmán había sido brillante diplomático al servicio de Felipe II en Roma (1582-91) y después virrey de Sicilia y Nápoles.

Durante los primeros meses del reinado, Zúñiga y Olivares desalojaron a la clientela Sandoval de la proximidad real, colocando a sus deudos, pertenecientes a las tres familias interrelacionadas: Zúñiga, Haro y Guzmán. Aquella "revolución de linajes" liderada por el tándem Zúñiga-Olivares tenía como objetivo programático "resucitar la monarquía" y restaurar su reputación, retornar a los principios y prácticas de los gobiernos del prudente y católico Felipe II.

Doris Moreno Martínez es profesora de Historia Moderna en la UAB.

Olivares, al frente

La muerte de Zúñiga, en octubre de 1622, puso fin a un breve período de gobierno compartido entre tío y sobrino. A partir de este momento, Olivares tomó las riendas del poder y aceleró el proceso de nombramientos de sus criaturas para los principales puestos (presidentes y secretarios) en el sistema polisinodial de la monarquía. A finales de la década de 1620, las hechuras de Olivares tenían en sus manos los cargos y las competencias más importantes: Medina de las Torres estaba en los Consejos de Estado, de Indias y de Aragón; Castrillo en la Cámara de Castilla y en los Consejos de Estado e Indias; Monterrey era consejero de Estado y presidente del de Italia; Leganés en los Consejos de Estado y de Flandes. Junto a este grupo de nobles olivaristas, completaban la "facción valida» un selecto grupo de colaboradores entre los que se hallaban Antonio Hurtado de Mendoza, Jerónimo de Villanueva y José González, entre otros. Estos nombramientos no eran la simple sustitución de un grupo de familias por otro. Había detrás una voluntad política que buscaba un nuevo equilibrio del poder. Olivares rechazó ser cabeza de facciones nobiliarias y optó por formar "un partido del rey".

No era suficiente con situar a algunos deudos en lugares estratégicos. Era, además, imprescindible controlar los resortes del poder, las discusiones y las propuestas, el funcionamiento de las instancias conciliares, cosa nada fácil en el sistema polisinodial de la monarquía, en el que la inercia del funcionamiento no respondía –creía Olivares– a las

Dos **soldados** alistados en 1641 en la Compañía de Santa Eulalia de Barcelona, en una ilustración de los *Llibres de Passanties*.

necesidades de aquellos tiempos. Desde los inicios de su régimen y hasta su caída, Olivares se quejó constantemente del permanente obstruccionismo de los Consejos y de sus ancianos consejeros. Don Gaspar buscó una fórmula estratégica y pragmática, la convocatoria de juntas extraordinarias que, formadas por sus partidarios, permitían respuestas rápidas y flexibles a situaciones extraordinarias –Junta de la Posada, la Sal, las Coronelías, Comercio, Almirantazgo, Población, Minas, etcétera.

Finalmente, los vientos de reforma se concretaron en 1622, con la creación de una Junta Grande de Reformación para "lo tocante al remedio de la monarquía", que un año más tarde daba a luz los famosos *Artículos de Reformación*. Las propuestas eran múltiples –reducción del número de oficios en la Corte; el traslado de la nobleza cortesana a sus señoríos y estados; edictos contra el lujo y gastos suntuarios y prohibición de entrada de un buen número de productos extranjeros–, pero las más importantes fueron la creación de erarios y montes de piedad y la abolición del servicio de millones. La finalidad de una banca pública (erarios y montes de piedad) era múltiple: recaudar los tributos y auxiliar a las necesidades financieras de la Corona y activar con créditos de bajo interés (7 por 100) la agricultura, el comercio y la industria, "porque en faltando el dinero falta el crédito, que es lo principal que puede tener una república para tiempo de paz y guerra", según Jerónimo de Ceballos.

La propuesta de abolir los millones llevaba consigo la recomendación de sustituirlos por un reparto de su rédito entre todos los núcleos de población. Se calculaba que, con las correcciones necesarias, se podía mantener una fuerza activa de 30.000 soldados de infantería. Sin embargo, el rechazo de las ciudades llevó al fracaso el proyecto. El 30 de junio de 1625, las ciudades aceptaron un nuevo servicio de doce millones a cambio de retirar el decreto de reforma municipal de 1623 y que la hacienda se hiciese cargo de los erarios o, lo que es lo mismo, abandonarlos.

La *Instrucción Secreta*

A pesar de estos fracasos iniciales, el conde-duque insistió en la necesidad de impulsar una política reformista. A finales de 1624, Olivares presentó al Rey un documento en el que se condensaban las principales ideas de su pensamiento reformista: el Gran Memorial. Se trataba de una *Instrucción Secreta* que contenía un auténtico programa de gobierno. Las propuestas de Olivares se encaminaban a conseguir: una mayor aportación de las haciendas del clero para la defensa de la fe, la promoción de los medianos, no sólo de los servidores de la monarquía (los letrados), también de los hidalgos, con el objeto de recabar hombres y recursos económicos ante las acuciantes y extendidas guerras, y desarrollar eficazmente su política interior, cuyos principales objetivos eran la prosperidad económica y la unión de cada una de las partes de la monarquía. Fundamento básico en su gobierno debía ser la reforma de la política fiscal, que permitiese reducir los excesivos privilegios de los reinos no castellanos que limitaban la capacidad recaudatoria de la Corona. Se trataba, en definitiva, de construir una nueva monarquía que no se redujese a la unión dinástica, sino que fuese una unificación orgánica.

El mismo objetivo presidía un segundo documento, la *Unión de Armas*, que proponía la constitución de ejércitos en cada uno de los reinos, compuestos, mandados y financiados por naturales de esos territorios. Como contraprestación al aumento contributivo se abría la puerta a la proporcional participación de las elites periféricas en los órganos de gobierno de la monarquía. En definitiva, el objetivo último no era sino aumentar, movilizar y dirigir los limitados recursos de la monarquía para la guerra.

En su Instrucción Secreta a Felipe IV, Olivares defendía una monarquía que no se redujese a la mera unión dinástica

Presentado al Consejo de Estado en noviembre de 1625, el proyecto estaba basado en un sistema de cuota mediante el cual todos los integrantes de la monarquía, desde Flandes a Perú, contribuirían con un número fijo de hombres pagados, dentro de un total de 140.000, en el caso de que alguno de ellos fuese atacado. Este programa sólo tuvo éxitos significativos en Nápoles y Sicilia; en las demás provincias suscitó recelos y oposición: las Indias, Flandes; en la Corona de Aragón, se vio como una amenaza a sus fueros y constituciones; en Cataluña las tensiones de las Cortes de 1626 y 1632, convocadas para obtener la cooperación catalana, prepararon el camino de la revuelta de 1640.

El limitado éxito de la *Unión de Armas*

La rendición de Breda, por Velázquez (Madrid, M. del Prado). Los intentos de Olivares por reformar el sistema de cuotas para el ejército fracasaron.

ponía al descubierto el múltiple fracaso de la política olivarista. Sus soluciones políticas fueron inoperantes ante el fracaso financiero de las reformas de 1622-25, los decrecientes ingresos de las Indias y las estructurales dificultades económicas de la Corona. Entre 1621 y 1626, la situación de la Hacienda se agravó, hipotecada como estaba por los juros y los cuantiosos préstamos de asentistas genoveses; la acuñación de numerario significó una inflación del 13 por 100 y una desvalorización de la moneda de cobre respecto a la de plata (34 por 100). La salida fue una suspensión en enero de 1627 que fue acompañada unos meses más tarde por el Medio General, la cancelación de los créditos de los asentistas genoveses por juros aplicados a los servicios de millones. A partir de entonces, Olivares encontró cada vez más dificultades para conseguir nuevos préstamos que desde 1628 llegaron gracias a los asentistas portugueses judeoconversos. La situación se agravó hasta límites difícilmente sostenibles tras la intervención española en la cuestión de la sucesión en Mantua, en 1628. Esta guerra, de 1628-31, se convirtió en un agujero negro que absorbió los recursos de España.

En 1631 la Corona abolió unilateralmente el servicio de millones, impuso un desmesurado aumento del impuesto sobre la sal y estableció unas cuotas obligatorias región por región; las protestas no se hicieron esperar. La más importante quizá fue la que se produjo en Guipúzcoa por la introducción del impuesto de la sal, que sólo pudo ser sofocada en 1634, tras la ejecución de seis cabecillas y el perdón general. Aunque tampoco hay que olvidar que la presión real sobre las Cortes castellanas en febrero de 1632 llevó a un consenso inmediato, que significó el pago de un peaje político de indudable valor: la capacidad de decisión *in situ* de los procuradores, sin necesidad de ratificación por parte de las ciudades las hizo aún más vulnerables a la influencia de la Corona.

A pesar de todo, los esfuerzos reformistas no cesaron para conseguir los cuatro elementos clave: gente, dinero, orden y obediencia. Proyectos que en otro orden incluían la creación de colonias de extranjeros para fomentar la población, realización de obras de

Un cardenal muy guerrero

Tercer hijo de Felipe III y Margarita de Austria, Fernando de Austria (1609-1641) fue nombrado cardenal al nacer. Siempre se destacó por su oposición a la política de Olivares.

Fue uno de los puntales en el gobierno de Felipe IV: virrey de Cataluña en 1632, gobernador de Milán en 1633 y de los Países Bajos en 1634. Su mayor hazaña para la Corona española fue la victoria de Nordlingen, en septiembre de 1634, en la que al frente de los tercios españoles derrotó a los suecos. Éstos bloqueaban el acceso a los Países Bajos por el llamado *Camino español* y al derrotarlos inesperadamente, reabrió el corredor para llegar a Flandes, aunque brevemente.

El **cardenal-infante** Fernando de Austria, h. 1634, por Van Dyck, Madrid, M. del Prado.

Los Austrias recobraron gracias a esta iniciativa todo lo que habían perdido en la guerra en la Renania y en el Sur de Alemania. El cardenal logró llegar sano y salvo a Bruselas y Olivares, a pesar de la crisis económica en Castilla, aumentó la dotación del ejército de Flandes. Por un momento, parecía que la ofensiva final española contra los rebeldes estaba a punto de llevarse a cabo con éxito.

Sin embargo, la entrada de Francia en la guerra en 1635 interrumpió de nuevo las comunicaciones entre Italia y Flandes. Las provisiones para la campaña de Flandes hubieron de ser desviadas a la organizada contra Francia y las expectativas abiertas en Nordlingen se eclipsaron definitivamente.

canalización para hacer los principales ríos navegables o la supresión de las aduanas y puertos secos para facilitar el comercio. El programa, no obstante, adolecía de una contradicción profunda: no se podía llevar a la práctica mientras se sometía al país a la inmensa sangría de hombres y recursos materiales que conllevaban luchas en tantos frentes.

Cuatro frentes

El programa militar de Gaspar de Guzmán intentó cubrir cuatro necesidades fundamentales: contar con la participación de una élite dirigente, garantizar un contingente fijo de soldados, tener unas fuerzas navales poderosas y poder abastecer estos ejércitos y armadas con recursos permanentes, aportados proporcionalmente por todos los reinos. Había que remilitarizar España, pero con una mayor profesionalidad de los soldados. El proyecto y la concreción bélica superaron ampliamente los recursos disponibles por la pésima gestión y la corrupción de las autoridades y sobre todo por la enorme desproporción que existía entre lo que aportaban unos reinos frente a otros. El desequilibrio se cubría mediante préstamos; una dependencia desmesurada de los banqueros que hizo de la monarquía hispánica un gigante político con pies de barro. Cuando se reanudó la guerra con los holandeses, Hacienda comunicó al Rey que no tenía fondos. El frente italiano de 1628, abierto por la lucha en la sucesión de Mantua, absorbió todos los ingresos y préstamos de la Corona de ese año y de los siguientes, viniesen de Indias o de particulares. Nada ni nadie pudo tapar el inmenso agujero que abrieron las agotadoras guerras entre 1621 y 1659.

En cuanto a la recluta de tropas, en 1625 Felipe IV alegaba mantener entre unos 300.00 y 500.000 soldados regulares, unas cifras extraordinarias; aunque, muy posiblemente, nunca se superaron los 150.000 soldados, repartidos en un mismo momento en las distintas posesiones y frentes europeos. En contraste con la evolución de los Estados europeos de la época, que progresivamente fueron monopolizando el poder militar, España fue la excepción. Si en 1580 la institución militar estaba en manos de la Corona, cinco décadas más tarde, como consecuencia de las dificultades económicas en las que se movía la Hacienda real, la monarquía se vio obligada a depender de las ciudades y, sobre todo, de particulares, tanto para el avituallamiento y el reclutamiento como para la construcción de navíos, armas o fortificaciones. Unas inversiones insuficientes para mantener una calidad competitiva en productos como las armas de fuego que, muy pronto, fueron superadas por la mejor y más ligera artillería francesa; la Batalla de Rocroi, en 1643, lo puso de manifiesto.

Guerra de asedios

La idea más extendida entre los estrategas militares de la época era que la guerra debía ser una cuestión de asedios. Esta evolución de las tácticas trajo consigo la fortificación masiva de las ciudades de los Países Bajos, cada vez más inexpugnables. Los asedios eran costosos a todos los efectos, con un desgaste largo y constante de recursos militares y humanos. El sitio de Breda por las tropas españolas de 1624-25 se alargó durante nueve meses, hasta la extenuación de los sitiados y de los sitiadores.

Asedios, batallas y tantas otras refriegas en tierra eran insuficientes si no se disponía de una fuerza naval. La guerra con Holanda, entre 1621 y 1648, fue la mejor demostración de ello. Al finalizar la tregua con los holandeses, Zúñiga diseñó la estrategia en el previsible conflicto que se avecinaba. Se trataba no tanto de recuperar el territorio perdido como de alcanzar una paz más ventajosa. Se pensó en una guerra en el mar, que permitiese destruir las flotas de los holandeses o al menos hiciese imposible la navegación y aniquilase su comercio. Finalizada la tregua, comenzó la guerra económica y los enfrentamientos en el mar, al cerrar todos los puertos peninsulares a los barcos holandeses, inutilizar sus flotas de arenque y atacar a los mercaderes. La primera victoria de otras muchas fue alcanzada por la flota española del Atlántico, en agosto de 1621 en el estrecho de Gibraltar, frente a una flota holandesa más numerosa. Estos triunfos propiciaron que Olivares decidiese impulsar aún más la política de reconstrucción naval, mediante la creación de una Junta de Armadas en 1622.

Soldados franceses en un tapiz de Jean-Baptiste Martin, del siglo XVII. La declaración de guerra de Francia a España supuso el momento más difícil del reinado de Felipe IV (París, M. de Versalles).

La creación de la Compañía Holandesa de las Indias Occidentales, en 1621, con potestad para mantener fuerzas navales en el Atlántico vino a complicar la situación española, ya que se ponía en marcha una Compañía dedicada a la colonización y al pillaje en América. El primer gran ataque llegó en mayo de 1624 en Bahía, en el Brasil portugués. La respuesta de las autoridades españolas fue rápida y eficiente. Una armada de cincuenta y seis barcos navegó a Brasil y asestó una dura derrota a la flota y a la guarnición holandesas. En ese año de 1625, los vientos eran favorables para el poder militar y la reputación española, una operación combinada de galeras e infantería socorría a Génova y rechazaba el ataque de Saboya. En junio, en Flandes las tropas de Spínola tomaban Breda, sede de la casa de Orange; y en noviembre se rechazaba el ataque anglo-holandés a Cádiz y la Carrera de Indias.

La amenaza mayor para los holandeses fue el fortalecimiento de la Armada de Flandes, que en 1625 ya tenía doce barcos reales y varios barcos piratas.

Pero los vientos favorables duraron poco. En 1628, la flota de galeones cargada de plata cayó en manos del holandés Heyn, y se sucedieron otros episodios desastrosos. Los holandeses volvieron a Brasil en 1630 y conquistaron Pernambuco y Olinda. Los ingleses por las mismas fechas ya habían ocupado Barbados, Bermudas, St. Kitt's y Nevis. La propuesta española que tomó cuerpo fue la de crear una flota en el Caribe, la Armada de Barlovento; sin embargo, ante los riesgos que podían derivarse de un estacionamiento permanente en aquellas aguas, se optó porque acompañara a la Flota de Indias. Cuando en 1667 se decidió que permaneciese en Indias, el Caribe ya estaba a merced de los envites de los enemigos europeos. Los años treinta consolidarían el desmoronamiento de la supremacía naval española, tras la estrepitosa derrota en Las Dunas.

En 1628, los recursos que debían haber sido destinados a continuar la guerra marítima contra los holandeses tuvieron que ser desviados para solventar la crisis por la sucesión de Mantua. Lo que en principio tenía que ser una breve y exitosa lucha sobre la sucesión en este ducado, en defensa de la de la posición española en el Norte de Italia, se convirtió en una serie de operaciones militares, largas y caras.

El corredor español, desmantelado

A la ocupación francesa de Saboya (1630-31), le siguió la de Lorena (1632-33), la de Alsacia (1638) y la de Brisach (1639) por Bernardo de Sajonia. El corredor militar español quedaba desmantelado. Para el transporte de tropas y dinero con destino a Flandes sólo quedaba un camino: la vía marítima a través del canal de La Mancha. Como consecuencia de la Guerra de Mantua y, principalmente, por la irrupción en 1630 del ejército sueco en el Norte de Alemania, la situación había cambiado radicalmente. En los dos años siguientes, Gustavo Adolfo, el rey sueco, logró sendas victorias sobre los ejércitos imperiales, que le permitieron ocupar Renania, Franconia, Suabia y Baviera; Bohemia fue invadida y los Países Bajos españoles fueron cercados por suecos y holandeses. En 1632, el ejército holandés capturaba las fortalezas de Venlo, Maastricht y Rheinberg, en el río Mosa. Ante estos ataques los Habsburgo renovaron su colaboración, y en 1634 el cardenal-infante Fernando fue enviado a los Países Bajos con un ejército de 15.000 hombres, atravesó los Alpes y se reunió con tropas imperiales del general Gallas, el resultado fue la derrota de las fuerzas suecas en Nordlingen, en septiembre de 1634.

En 1635 el cardenal-infante invadía el territorio ocupado por Holanda y tomaba varias fortalezas en el Rhin y en el Mosa. Pero tan fulgurantes éxitos fueron rápidamente eclipsados por la declaración de guerra de Francia a España. Se abría así el momento más difícil del reinado y de la monarquía: a la guerra con Francia se añadieron la rebelión catalana, la revuelta con Portugal, las conspiraciones aristocráticas, las revueltas populares… "Todos se quejan, chicos y grandes, y nadie sabe de dónde ha de venir el remedio", decía un jesuita en 1641. Lo que parecía estar claro a esas alturas es que el remedio ya no vendría de las manos del conde-duque de Olivares. Por lo menos, así lo creyó Felipe IV que destituyó a su ministro en enero de 1643. ■

Olivares, el sueño CENTRALISTA

Quiso el poder para cambiar España y trató sinceramente de acabar con la "sequedad de los corazones" entre los distintos reinos. Su fracaso ha tenido varias interpretaciones distintas, pero su personalidad ha sido reconocida por todos. **Ricardo García Cárcel** presenta al valido de Felipe IV

Don Gaspar de Guzmán y Pimentel, Ribera y Velasco y de Tovar, conde de Olivares por herencia y duque de Sanlúcar la Mayor por gracia del Rey, es el personaje emblemático del reinado de Felipe IV. Nació en 1585, en Roma, donde su padre, segundo conde de Olivares residió diez años (1582-91), como embajador de Felipe II cerca de la Santa Sede. La familia paterna –los Guzmanes– era sevillana; la familia materna –los Pimentel– era castellana. Don Gaspar fue el tercero de los hijos del matrimonio de Enrique de Guzmán con doña María de Pimentel. Criado en tierras italianas, estudió en la Universidad de Salamanca –de donde sería rector–, consiguiendo una buena formación. La muerte de sus dos hermanos mayores le encaminó hacia la carrera político-administrativa, siguiendo la ruta paterna. Se casó a los 20 años con doña Inés de Zúñiga. El matrimonio de conveniencia a lo largo del tiempo se solidificaría en una relación estrecha, en la que doña Inés fue colaboradora y confidente de su marido. Tuvieron tres hijos, que murieron pronto. Le afectó mucho la muerte de su hija María, en 1626. Olivares, al menos, tuvo un hijo bastardo, Julián de Guzmán, también llamado Julianillo Valcárcel, reconocido con mucho retraso con el nombre de Enrique Felipez de Guzmán, marqués de Mairena. Su vocación política fue definida expresivamente por Marañón como "la pasión de mandar".

Ricardo García Cárcel es catedrático de Historia Moderna en la UAB.

Un perfil con muchas aristas

Nadie mejor lo ha biografiado que John Elliott, que matiza las muchas aristas de un perfil político y personal ciertamente apasionante, por sus muchas contradicciones. Noble, cargado de hacienda y de títulos, participó, al menos desde que tuvo poder, del modelo de vida de las grandes familias aristocráticas de su época, y desde luego, fue odiado por los suyos; culto como pocos –su biblioteca en 1620 tenía 2.700 libros impresos y 1.400 manuscritos–, inquieto e hiperactivo como nadie, robusto y achaparrado, suplió su espalda cargada con hombros exagerados, con una mirada profunda que atenazaba a cualquiera, cazador apasionado como Felipe IV, papelero como Felipe II, vitalista y al mismo tiempo de pésima salud, ciclotímico con momentos de euforia y con momentos de depresión, se dejó literalmente la piel en el servicio a la monarquía, que identificó con su propio ego narcisista. Nunca fue popular ni en su período de máximo poder y desde luego sufrió, como los políticos que llegan a acumular mucho poder, la terrible pendiente del fracaso, que en su caso fue de deslizamiento muy rápido (1640-43).

La evolución desde el amor al odio, aunque se tratara de un personaje tan retorcido como Quevedo, debió de ser representativa del proceso de muchos intelectuales de la época. Sólo Francisco de Rioja se le mantuvo fiel. Posiblemente fue el autor de *El Nicandro*, el último defensor de su gestión política, que transcurre desde el famoso "ahora todo es mío" de Olivares, de 1621, al no menos famoso "yo tomo el remo" del Rey, en 1643.

Olivares se sentía cómodo en el sistema legal castellano, mientras que el régimen constitucional de los otros territorios que formaban parte de la "monarquía compuesta" nunca lo acabó de asumir. Soñó con una monarquía centralista, que erradicara "esta sequedad y separación de corazones que hasta ahora ha habido" en los diversos territorios de la Corona y que había llamado la atención de los viajeros italianos y los franceses, como Joly. En 1625, en momentos de plena euforia sentenciaba: "Dios es español y está de parte de la nación estos días". En el *Gran Memorial* encarecía a Felipe IV "hacerse rey de España, quiero decir señor, que no se contente V.m. con ser rey de Portugal, de Aragón, de Valencia, conde de Barcelona, sino que trabaje y piense con consejo moderno y secreto por reducir estos reinos de que se compone España al estilo y leyes de Castilla... y poder introducir V.m. acá y allá ministros de las naciones promiscuamente".

Este proyecto de uniformización de la monarquía según el modelo castellano fracasó estrepitosamente y la secesión de 1640 fue su primera derivación. "Malditas sean las naciones y malditos sean los hombres nacionales", acabó diciendo amargamente. El principio olivarista del *Multa regna sed una lex* resultó asfixiado en la realidad plural. Las diferencias, las exigencias de los derechos de los naturales de cada reino se impusieron sobre la homogeneidad de la fidelidad al Rey y el sueño del prestigio internacional. La naturaleza le ganó la batalla a la política. En 1640 no sólo hubo la confrontación entre la monarquía de Felipe IV y los revolucionarios catalanes y portugueses. Había una España alternativa que nunca creyó en la revolución, pero tampoco compartió el proyecto olivarista: Palafox y Mendoza, Baltasar Gracián, Solórzano Pereira... Una tercera España que nunca ha podido consolidarse en medio de la polarización de las dos míticas Españas. Olivares murió en 1645, en Toro, dos años tan sólo después de su cese.

Ansiedad de poder

La vida de Olivares constituye una lección antropológica muy útil, por lo que supone de constatación de lo que es la ansiedad de poder como vía de satisfacción de vacíos afectivos personales y la servidumbre de la opinión pública respecto a la representación del poder. A escala política española, su fracaso suscita muchas posibles reflexiones: la inutilidad del reformismo político mientras se mantienen problemas estructurales económicos, los riesgos de los sueños quijotistas de prestigio y reputación, la trascendencia del tacticismo en política, la dificultad en la solución del problema de la invertebración hispánica... La sombra de Olivares sigue presente en la España de hoy. Para unos, Felipe V supuso el triunfo póstumo del modelo de Olivares. La Nueva Planta sería la culminación de lo que quiso hacer Olivares y no pudo o no le dejaron. 1716 sería el reverso de 1640. Otros, por el contrario, consideran que Felipe V es la demostración más palpable de que el fracaso de Olivares no fue coyuntural, sino la evidencia de que la realidad plural de la España horizontal, la España de la diferencia, sólo puede ser derrotada por la España vertical mediante la razón de la fuerza. Unos creen que el tiempo le ha dado la razón a Olivares; otros, lo contrario. ¿Nostalgia de Olivares o estigmatización? La historia sigue. ■

Retrato ecuestre del conde-duque de **Olivares**, en 1635, por Velázquez, Madrid, Museo del Prado.

1640, el año FATÍDICO

Las rebeliones de Cataluña y Portugal han sido manipuladas para hacer de ellas precursoras ideológicas de los nacionalismos contemporáneos, sostiene **Manuel Peña**, que propone otros factores históricos que explican el desastre que sobrevino a mediados del reinado de Felipe IV

La Batalla de Montjuïc, de 1641. Las rebeliones catalana y portuguesa marcaron los años finales del reinado de Felipe IV. Óleo de Pandolfo Reschi, Florencia, Galería Corsini.

El 19 de mayo de 1635, Francia declaró la guerra a España y abrió un frente que supuso trasladar el gran conflicto europeo (Guerra de los Treinta Años) a la periferia peninsular de la monarquía española. La ocupación francesa, en junio de 1639, de los castillos de Salses y Opol fue utilizada por Olivares para arrastrar, con una política agresiva, a las instituciones catalanas en la carrera militar y en la defensa de la monarquía. Su postura la expresó en una carta dirigida al virrey, el 29 de febrero de 1640: "Ningún rey en el mundo tiene una provincia como Cataluña. Ésta posee un rey y un señor, pero no le rinde servicios, incluso cuando su propia seguridad está en juego... Siempre tenemos que estar mirando si una constitución dice esto o aquello... De 36 ministros que han visto los informes esta mañana, no hay ni uno que no esté clamando, clamando contra Cataluña".

La resistencia rural a los alojamientos y a los más que excesos de los soldados provocó una serie de gravísimos conflictos, que se extendieron durante el mes de mayo por las comarcas catalanas, hasta las puertas de Barcelona. El 22 de mayo, unos 200 campesinos entraban en la capital, derribaban las puertas de la prisión y liberaban a los consejeros y a un diputado, arrestados por orden del virrey, además de numerosos detenidos por delitos comunes. Esta incipiente revuelta campesina alcanzó su máxima expresión el 7 de junio de 1640, con el motín conocido como el Corpus de Sangre que culminó con el asesinato del virrey. Cuatro días más tarde, las autoridades de la ciudad consiguieron sacar a los segadores con la excusa de que Gerona necesitaba ayuda ante el ataque de los tercios.

El asesinato del virrey marcó definitivamente las relaciones entre las autoridades centrales y las catalanas. Unas y otras trazaron caminos distintos que las condenaron al enfrentamiento. Ante el anuncio de Olivares de enviar un ejército de 40.000 soldados, la Generalidad optó por la ruptura constitucional, al convocar de manera ilegal una Junta General de Brazos, además de crear una serie de Juntas (Guerra, Hacienda, Justicia), un Tribunal Supremo y un cuerpo de seguridad. Asimismo, se intentó involucrar a Valencia, Aragón y Mallorca, que no respondieron a las peticiones catalanas.

La mano de Francia

Previos al Corpus y a esa ruptura institucional, el presidente de la Generalidad (Pau Claris) y su parentela tuvieron una serie de contactos con Francia, que culminaron el 24 de septiembre –entre otros acuerdos– con el envío de ayuda militar para frenar la anunciada llegada de las tropas de Felipe IV. Mientras se realizaban estas negociaciones, el embajador de la Generalidad en la Corte seguía manifestando la lealtad catalana a la Corona, y los miembros de la Junta General de Brazos se preguntaban cómo podían frenar el avance de las tropas del rey español. Claris y su círculo llevaron las negociaciones a espaldas de Madrid y de Barcelona.

Durante el otoño de 1640, los catala-

Manuel Peña Díaz es profesor titular de Historia Moderna, Univ. de Córdoba.

nes sufrieron dos invasiones de su territorio. Por el sur, entraba el nuevo virrey, el marqués de Los Vélez, que juraba su cargo en la fiel Tortosa y avanzaba sin apenas resistencia hasta las cercanías de Barcelona, con la excepción de Cambrils que fue duramente castigado (600 degollados). Por el norte, las tropas francesas llegaban hasta Barcelona, y más tarde a Tarragona, que abandonaron ante la presión española. Una retirada que fue duramente contestada el 24 de diciembre en la capital con otro motín, en el que fueron asesinados tres miembros de la Audiencia junto con otros nobles y las puertas de las prisiones fueron nuevamente abiertas. Entre Francia y España anduvieron las autoridades catalanes entre el 16 y el 23 de enero de 1641, para optar definitivamente por Luis XIII como nuevo conde de Barcelona. Tres días más tarde el ejército de Felipe IV (30.000 soldados) fue derrotado por las tropas franco-catalanas (8.000) en la batalla de Montjuïc.

La segunda fase comenzó en 1644. Ante la permitida ocupación francesa se oponían cada vez más voces privilegiadas (obispos, canónigos, nobles), que se negaban a jurar fidelidad al rey de Francia, a los que se sumaban motines e incipientes revueltas contra esa vinculación. El número de exiliados felipistas catalanes aumentaba día a día, hasta alcanzar una dimensión cualitativa y cuantitativa muy importante. La represión de estos felipistas fue especialmente dura, aunque muy pronto serían recompensados por la Corona españo-

la con nuevos cargos, títulos y pagos en metálico.

En el plano internacional, y en concreto en las negociaciones de Munster, los franceses propusieron cambiar Cataluña por Flandes. Mientras, en el terreno específico de la guerra, las tropas de Felipe IV iniciaron en 1644 una intensa ofensiva que culminó el 7 de agosto, con la entrada del Rey en Lérida. La ofensiva militar filipista se hizo imparable. El Tratado de Westfalia de 1648 había liberado a la monarquía hispánica de la pesadilla holandesa; recuperar Cataluña era el principal objetivo, y para ello se recurrió a fines de 1650 a Juan José de Austria, por entonces virrey de Sicilia.

Después de una exitosa ofensiva y tras unas breves negociaciones, Barcelona se rindió el 11 de octubre de 1652 cuando el *conseller en cap*, Rafael Casamitjana, se humilló a los pies de Juan José y pidió "perdó general de tots les errors comesos desde el any de 1640". El 3 de enero de 1653 Felipe IV anunció el recorte de parte de la autonomía política del Principado, y decidió que "todo lo que mira a su defensa y seguridad [de Barcelona] lo reservo ahora, y mientras no mande otra cosa, a mi voluntad y orden".

La polémica ha acompañado a buena parte de la historiografía sobre la rebelión catalana. A pesar de las decisivas aportaciones de Vilar, Elliott y García Cárcel, desde los años ochenta la mayoría de los estudios se ha deslizado por las peligrosas aguas de la manipulación de la Historia, en beneficio y al servicio de una política cultural de sesgo reaccionario e identitario. Con la inspiración "científica" del sueño soberanista la historiografía nacional-catalana ha dotado de Estado propio al régimen institucional catalán, ha glosado las oligárquicas instituciones del Antiguo Régimen minimizando su escasa representatividad y sus escandalosas corruptelas, ha hallado indemostrables vínculos entre la revuelta rural y la institucional, ha inscrito el conflicto en la dialéctica normalidad constitucional-anormalidad de la política de la monarquía y ha encontrado las raíces del nacionalismo catalán en los orígenes ideológicos de la rebelión.

Tortosa no se sumó a la rebelión contra el Rey, por lo que Felipe IV le concedió los títulos de ejemplar y fidelísima, Madrid, B. Nacional.

Sus esfuerzos más intensos se han centrado en demostrar que la rebelión catalana no fue la respuesta de un régimen político arcaico y medieval ante una estructura estatal que caminaba hacia la modernidad. Es inadmisible cualquier planteamiento que pretenda interpretar la rebelión catalana como la respuesta de una nación explotada y violada por un Estado español uniformizador, centralista y castellanizador. No olvidemos que, al iniciarse la revuelta, Olivares manifestó su respeto a las constituciones, y que éstas fueron muy pronto violadas por Francia.

La ruptura fue el resultado de la manipulación del grave malestar colectivo –economía de guerra, crisis económica, aumento de la carga fiscal, tendencia del poder central a superar los obstáculos a este incremento...– por una pequeña fracción de la clase dirigente que

CRONOLOGÍA

1605. Nace Felipe IV.
1612. Acuerdo matrimonial entre Luis XIII de Francia y la infanta Ana de Austria.

Felipe III, por Pantoja de la Cruz.

1619. Las Cortes de Portugal juran al primogénito de Felipe III.
1621. El 31 de marzo muere Felipe III. Expira la tregua con los Países Bajos.
1622. Muere Baltasar de Zúñiga, oficialmente primer ministro de Felipe IV, al que sucede el conde-duque de Olivares.
1624. *Memorial* de Olivares a Felipe IV, pidiendo que las leyes de los reinos se adapten a las de Castilla.
1625. Rendición de Breda. Fundación del Colegio Imperial de Madrid, para hijos de aristócratas, regido por jesuitas.
1626. Reunión de las Cortes de Valencia y Cataluña, recalcitrantes a la Unión de Armas.

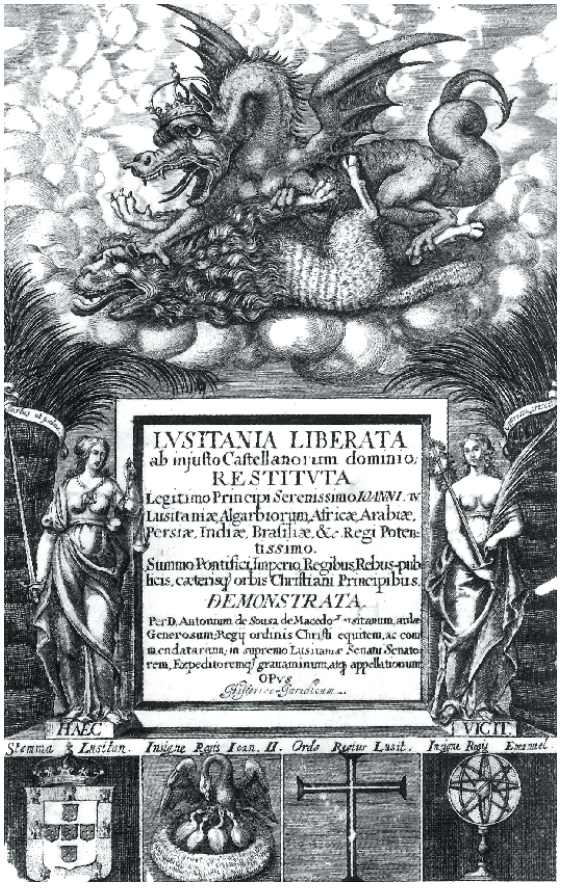
El conde-duque de **Olivares**.

1627. Suspensión de pagos a los banqueros.
1628. Devaluación del vellón en un 50 por 100. Comienza una guerra con los franceses en Italia hasta 1631.
1631. El impuesto de la *media anata* provoca un levantamiento en Vizcaya.
1634. Margarita de Saboya, gobernadora de Portugal.
1635. Comienzo de la guerra con Francia.
1637. Disturbios en Évora. Los holandeses recuperan Breda.
1638. Los franceses asedian Fuenterrabía.
1639. El ejército francés penetra en Cataluña.
1640. 22 de mayo,

Felipe IV e **Isabel de Borbón**.

optó por el giro separatista, ante la evidencia de una extrema debilidad de los vínculos políticos entre la clase dirigente castellana y la nobleza catalana, y ante la escasa capacidad de influencia de los grandes sobre la pequeña y mediana nobleza local. Como han demostrado Thompson y Benigno, la lucha política había dejado al descubierto la incapacidad de la facción olivarista para mantener el consenso entre los grupos dirigentes, y para garantizar los intereses y aspiraciones de las élites provinciales.

La rebelión no fue un conflicto entre Cataluña y España, entre otras razones porque no existió la unidad catalana ni geográfica ni socialmente, ni toda Cataluña estuvo vinculada a Francia entre 1640 y 1652, ni todos los catalanes fueron profranceses, o, si se quiere, "nacionalistas". El patriotismo –como sentimiento de pertenencia y defensa de Cataluña– de los campesinos no era el mismo, por ejemplo, que el de los juristas. Además de los componentes insurreccional y separatista, la rebelión tuvo una vertiente de intensa guerra civil entre catalanes adheridos a uno u otro bando –como consecuencia de las citadas fracturas en las relaciones y en los vínculos entre las clases dirigentes–, y entre catalanes de grupos sociales sometidos a la presión fiscal, frente a las élites políticas y sociales –también catalanas– que gestionaban dichas contribuciones. Sin olvidar que la rebelión fue un espacio clave en la guerra internacional entre las monarquías españolas y francesa en su lucha por la hegemonía en Europa, con sus consiguientes derivaciones fiscales y militares.



Alegoría de la rebelión de Portugal, en la portada de una obra de Antonio de Sousa, de 1645, Madrid, B. Nacional.

El golpe en Portugal

Como en el caso catalán, para entender el conflicto portugués tampoco resulta operativo aplicar la dialéctica centro-periferia en términos de dominante-dominado. La búsqueda de consenso y de acuerdos con las élites de la periferia, que caracterizó la primera parte del valimiento de Olivares, también se intentó aplicar en el reino de Portugal. Los enlaces entre las autoridades centrales y las periféricas se canalizaron mediante la integración de nobles y letrados portugueses en la administración y en cargos de notable responsabilidad política y militar.

La tendencia cambió en la década de 1630. Durante esos años se diluyeron los lazos que unían estrechamente a la aristocracia y al clero portugués con el gobierno central, como consecuencia de las medidas fiscales y jurídicas que sobre estas élites se intentaron aplicar en beneficio de la economía de guerra. Aunque, como ha destacado Hespanha, no se produjo tanto un crecimiento extraordinario de la presión fiscal cuanto un perjuicio notable para las clases exentas. Esta incipiente oposición se puso en evidencia en el levantamiento antifiscal de Évora, que se extendió rápidamente entre 1637 y 1638 por el Algarbe y el Alentejo, durante el cual el clero y la nobleza portuguesa adoptaron una actitud escurridiza ante cualquier toma de posicionamiento.

El fracaso de la política de Olivares se hizo más claro con esta revuelta, pero a su vez lo sucedido en el Alentejo justificaba la adopción de nuevas y duras medidas. La más conflictiva fue la

liberación de Tamarit por los rebeldes catalanes. 1 de diciembre, los rebeldes portugueses proclaman Rey al duque de Braganza, con el nombre de Juan IV.

1641. Claris anuncia que Cataluña se ha convertido en una república independiente bajo la protección de Francia.

1643. El Rey da licencia a Olivares para retirarse a sus propiedades. Muere Luis XIII. 19 de mayo, la infantería española es derrotada en Rocroi. Haro, sobrino de Olivares, se va haciendo progresivamente con el poder.

1644. Muere Isabel de Borbón.

1645. Mayo: muerte de Richelieu. Julio, Olivares muere en Toro.

1646. Muere el príncipe Baltasar Carlos.

1647. Sicilia y Nápoles se sublevan contra los gobernadores españoles.

1648. Tratado de Münster: España reconocía la independencia de las Provincias Unidas.

1652. El 13 de octubre, Barcelona se rinde.

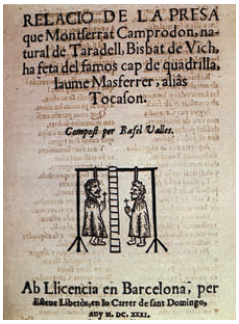
1654. Brasil vuelve a ser posesión portuguesa.

1657. La captura de la Flota del Tesoro deja a España sin plata.

1659. Paz con Francia.

1665. Muere Felipe IV. Le sucede Carlos II.

1668. El 13 de febrero, España reconoce la independencia de Portugal.


RELACIO DE LA PRESA
que Monterrat Campdodon, natural de Tarádell, Bisbat de Vich,
ha feta del famos cap de quadrilla,
Iaume Masferrer, aliàs
Tocafon.
Compost per Rafel Valles.
Ab Llicencia en Barcelona, per

Detención y muerte de un bandolero catalán en 1631.

El príncipe **Baltasar Carlos** y un enano.

Carlos II, en un grabado de la Calcografía Nacional.

Don Juan José de Austria, hijo bastardo de Felipe IV, fue una figura decisiva en los reinados de su padre y de Carlos II, como don Juan de Austria, bastardo de Carlos V, lo fue en el de Felipe II.

anunciada el 14 de junio de 1639, que suponía la supresión del Consejo de Portugal y el establecimiento de dos juntas –una en Lisboa y otra en Madrid– para tratar los asuntos portugueses. Para los fidalgos la supresión del Consejo era una pérdida importante, porque permitía que entrasen castellanos en el organismo que tramitaba la concesión de mercedes y se ponía en peligro el estatus preeminente de Portugal dentro de la monarquía hispánica como reino por sí mismo. Desde este punto de vista, el golpe de Estado fue un movimiento constitucional.

Nacionalismo ausente

Sin embargo, el efecto negativo de estas medidas (fiscales e institucionales) no se iba a apreciar tanto en la autonomía de Portugal, como en los particulares intereses de diferentes grupos (juristas, eclesiásticos, letrados, nobles); es por esta razón que, como ha advertido Bouza, la reivindicación nacional estuvo prácticamente ausente.

Aunque la cuestión nacional no fue determinante en el conflicto portugués, sí facilitó la convergencia de actitudes favorables al golpe. La desaparición del rey Sebastián en la batalla de Alcazarquivir, en 1578, había despertado una corriente mesiánica en la que desembocaron aspiraciones y legitimaciones dinásticas. La resistencia antiolivarista se aglutinó, como movimiento dinástico, en torno a los desatendidos derechos sucesorios de los duques de Braganza, casa que estaba emparentada con la extinguida línea de los Avís, pero que en 1580 no obtuvo el favor ni siquiera de la fidalguía.

Además de las causas fiscales y de la cobertura dinástica y mesiánica a esas resistencias, el golpe de Estado fue también consecuencia de otros factores socio-económicos. Desde finales del siglo XVI, la dinámica comercial se estaba trasladando del Índico al Atlántico, con la paulatina sustitución del tráfico de especias por el beneficioso comercio de productos americanos –sobre todo, caña de azúcar–, y con el crecimiento de la población brasileña, del número de ingenios y de mano de obra esclava, todo ello inserto en el rentable tráfico triangular. Ahora el problema no era la falta de plata ni la presencia del turco, sino la ofensiva de holandeses y franceses en aguas atlánticas. El desastre naval del almirante Oquendo en Las Dunas, en octubre de 1639, hizo ver a los mercaderes portugueses que los gloriosos tiempos de la Armada española recuperando Bahía estaban muy lejos, la guerra de Recife con los holandeses por el control del azúcar y los ingenios brasileños pasaba a ser una prioridad portuguesa, la Unión de Coronas no era rentable; en ese sentido la Restauración fue "un regalo del Atlántico".

El primer acto en Lisboa

La referida derrota naval española y la rebelión catalana de junio de 1640 aseguraron a los conspiradores lusos que Felipe IV ni disponía de Armada para bloquear marítimamente ni tropas para invadir Portugal. El primer acto del golpe sucedió la mañana del 1 de diciembre de 1640, cuando un grupo encabezado por un pequeño contingente de fidalgos asaltó, en nombre del duque de Braganza, el palacio de la Ribeira de Lisboa, residencia de la virreina, la duquesa de Mantua. Aunque no fue unánimemente apoyado, la publicística portuguesa presentó el golpe como una Restauración de Portugal a la condición completa de reino.

De hecho, y aunque se produjo un cambio dinástico, no se alteraron ni el derecho ni las estructuras sociales. Desde este punto de vista, no hubo nada de revolucionario en 1640. Pero poco se hubiera conseguido si no se hubiese tenido el apoyo internacional de la alianza antihabsburgo del último período de la Guerra de los Treinta Años, y si no se hubiera desplegado una prolífica publicística al servicio de la nueva dinastía.

Las dificultades por las que atravesaba la monarquía hispánica con los frentes abiertos en Cataluña y las Provincias Unidas, le llevó a retrasar la invasión de Portugal hasta casi 1660. Durantes esos años, Portugal se preparó diplomática

–pactos de 1654 y 1661 con Inglaterra– y militarmente. La incapacidad para preparar una invasión con algunas garantías de triunfo fue constante. Al final, la guerra se resolvió, tras la desastrosa campaña de 1665, con la firma del tratado de Lisboa el 13 de febrero de 1668, en el que se reconocía la independencia de Portugal y se le devolvía todos sus territorios, a excepción de Ceuta.

La crisis de 1640 tuvo también su reflejo en tierras castellanas, donde se sumaron alteraciones graves en múltiples ciudades entre 1631 y 1652. El estudio de estos motines o alteraciones han permitido demostrar, en palabras de Gelabert, que la imagen de una Castilla dócil y sumisa ante las exigencias de Olivares y sus herederos es totalmente falsa. Aunque en Castilla no se alcanzó la violencia de los conflictos en las provincias periféricas, sí existió un profundo descontento. El período entre 1631 y 1642 ha sido considerado como el de mayor intensidad, a raíz de los motines de la sal de 1631-1634 en Vizcaya y de las protestas del clero sevillano, de las conflictivas recaudaciones de millones, de la contestada imposición del papel sellado, de las rechazadas ventas de baldíos, o del criticado envío de ejecutores judiciales para el cobro de alcabalas y otros impuestos.

La rebelión catalana y el golpe de Estado portugués tuvieron, además, un impacto inmediato en la esquilmada Castilla. A partir de 1640, se incrementó la presión fiscal y la exigencia de nuevas y numerosas levas. La demanda de un servicio militar personal (o provisión de sustituto) alcanzó a todos los hidalgos, caballeros de las órdenes militares o familiares de la Inquisición; se reabrieron expedientes en torno a los derechos sobre la tierra y a las alcabalas enajenadas, se comenzaron a retener los abonos por juros, etc. El pulso con la nobleza se extendió a los grandes señores con la exigencia de levas militares para desactivar el golpe portugués, sus consecuencias fueron inmediatas –despoblación de los estados señoriales, subida en los costes de la mano de obra– y se sumaron a la progresiva caída que estaban experimentado las rentas aristocráticas. "Todos se quejan, chicos y grandes, y nadie sabe de dónde ha de venir el remedio", escribía un jesuita en 1641. La fallida conspiración del duque de Medina-Sidonia y el marqués de Ayamonte en tierras andaluzas puso de manifiesto el profundo descontento aristocrático con la gestión del conde-duque. Su caída en 1643 no fue obstáculo para que el duque, que había sido encarcelado en 1642, muriese en prisión en 1664, y que el marqués fuese ejecutado en 1648.

La rebelión catalana y el golpe portugués afectaron a la esquilmada Castilla, donde hubo alteraciones entre 1631 y 1652

San Diego de Alcalá dando de comer a los pobres, óleo de Bartolomé Murillo de 1646, pocos años antes del motín del hambre en Córdoba, Madrid, Academia de San Fernando.

La sátira como arma

Antes de esta conspiración, Olivares no había podido evitar una progresiva deserción en su facción que debilitó aún más sus apoyos entre la aristocracia. En este contexto, la sátira política fue un arma muy útil para sus opositores, que incidían en la evidencia de una "España moribunda" metida en guerras, con tantas rebeliones y con una enorme presión fiscal y constantes alteraciones de la moneda, que recordaban el costosísimo y megalómano Buen Retiro, los supuestos pactos de Olivares con el diablo, el polémico reconocimiento de su hijo bastardo, sus despreciables hechuras y, por supuesto, la nefasta herencia tras su caída:

El Conde-Duque ha hecho lo que otro hombre no ha hecho
de un rey de España ha hecho un grande de Castilla
que es don Philipe el Grande
De un grande de España ha hecho un rey
que es el Duque de Bragança, Rey de Portugal.
De un Rey ha hecho un Conde
que es el Rey de Francia, conde de Barcelona.
De un duque soberano ha hecho un vasallo
que es el duque de Lorena.
De un príncipe cardenal ha hecho un caballero andante
que es el Cardenal Infante
De una monarquía ha hecho una provincia
que es Castilla. ■

El último retrato de Felipe IV por Velázquez, hacia 1652-1655, Madrid, Museo del Prado.

El final
El Rey, al remo

Tras la caída de Olivares, el monarca se puso al frente de los asuntos de Estado. **Xavier Gil Pujol** dibuja el panorama político y los desafíos de la monarquía hispánica en la segunda mitad del reinado de Felipe IV

Tras no poca zozobra personal, Felipe IV resolvió finalmente el 17 de enero de 1643 prescindir de los servicios del conde-duque de Olivares. Según las palabras usadas a tal efecto, le autorizó a retirarse a sus estados. Hacía veintidós años que el valido estaba junto al rey, volcado en la conducción del gobierno de su vasta monarquía, la cual se encontraba en guerra de forma ininterrumpida desde antes de que don Gaspar ganara la confianza real. Tanto en España como en otros países, la figura del valido revestía unas características especiales, que la diferenciaban de la de un alto ministro, pues en ella la confianza política se entremezclaba con una suerte de dependencia psicológica recíproca, que resultaba difícil de vencer. También Luis XIII de Francia venía dándole vueltas a la destitución de su gran colaborador, el cardenal Richelieu, archirrival de Olivares, y en este sentido podría decirse que el cardenal rindió su último servicio a su rey, muriendo (diciembre de 1642) y ahorrándole, así, el trance de apartarle de su lado.

Inicialmente, la caída en desgracia del conde-duque iba a comportar, asimismo, la desaparición de la figura del valido. Las crecientes críticas de que venía siendo objeto Olivares (procedentes de la alta nobleza, de los poderosos ministros de los Consejos Supremos, de los sublevados en Cataluña y Portugal) acabaron por desacreditar no sólo al hombre, sino también a la forma del valimiento. Por ello, Felipe IV se encargó de manifestar su voluntad de encargarse personalmente de la dirección del gobierno: "Yo tomo el remo", declaró, en frase famosa. Y aclaró que el destituido valido no iba a ser reemplazado "por nadie que no sea yo mismo".

Desterrado a Toro

Olivares abandonó la Corte para instalarse en Loeches, pequeña localidad cercana a Alcalá de Henares. El amplio y heterogéneo coro de sus críticos no quedó satisfecho con un alejamiento que les parecía demasiado corto. En tanto que una cierta paralización de la maquinaria del gobierno daba pábulo a preocupantes rumores acerca de su regreso, un escrito anónimo que circuló por entonces, el *Nicandro*, encendida defensa del régimen de Olivares, levantó una reacción muy hostil, de modo que el conde-duque fue finalmente desterrado a Toro, donde moriría en 1645.

La anunciada voluntad de Felipe IV de gobernar por sí mismo parecía cumplirse, pues, pese a las muchas especulaciones desatadas acerca de los movimientos en torno a él, ningún ministro ni cortesano podía estar seguro de contar con la confianza real en exclusiva. A ello también ayudaron las especiales circunstancias del momento. Como ya hiciera el año anterior, Felipe IV se trasladó en la primavera de 1643 a Zaragoza para dirigir la campaña militar contra el levantamiento catalán y ello le hizo repartir las tareas del gobierno entre el séquito real y el entorno de la reina, que permaneció en Madrid. A lo largo de los meses siguientes, tres o cuatro nombres acabaron individualizándose de entre la pequeña constelación de ministros y cortesanos que pugnaban por sobresalir: el conde de Castrillo, que procedía de las filas olivaristas; don Luis de Haro, sobrino del mismo don Gaspar; el duque de Medina de las Torres, regresado de un exitoso virreinato en Nápoles, y don Juan José de Austria, hijo bastardo y reconocido de Felipe IV, que de momento iba a seguir la carrera militar. A ellos se añadió un personaje singular: la monja sor María de Ágreda, superiora del convento carmelita de esa localidad castellana, famosa por su intensa espiritualidad, con la que el rey trabó amistad y con la que iba a mantener una correspondencia regular hasta la muerte de ambos en 1665.

Si éstos eran los nombres más visibles en la cima, en lo que respecta al segundo escalón del gobierno no hubo una renovación masiva de personal ni una purga política, más allá de la caída de un puñado de nombres, entre los que el más destacado fue el famoso protonotario del Consejo de Aragón, Jerónimo de Villanueva, uno de las hechuras más significadas de Olivares. En cuanto a la orientación política, hubo algunas señales de cambio. Por un lado, las Juntas, esos comités de ministros muy especializados mediante los que Olivares había intentado imprimir una mayor resolución ejecutiva al gobierno

Xavier Gil Pujol es profesor titular de Historia Moderna, Univ. de Barcelona.

BIOGRAFÍAS

Cardenal Richelieu, 1585-1642
Miembro del Consejo Real, intervino en la reconciliación entre María de Médicis y Luis XIII y en recompensa se convirtió en presidente de ese organismo en 1624. Auténtico artífice de la política francesa, fortaleció la autoridad real y no dudó en apoyarse en los protestantes para buscar refuerzos en política internacional frente a los Austrias españoles. Participó en la Guerra de los Treinta Años (1635) en alianza con Holanda, Suecia, Saboya y los protestantes alemanes. Creó las bases de la centralización política y administrativa de Francia.

Luis XIII, 1601-1643
Fue rey de Francia entre 1610 y 1643, tras la muerte de Enrique IV. Vivió inicialmente bajo la regencia de su madre María de Médicis. Posteriormente, encargó su gobierno a Concini hasta que entró en escena Richelieu, que se convertiría en su hombre fuerte y al que apoyó frente a las conspiraciones de la aristocracia. A pesar de su política exterior hostil a los Austrias españoles, estaba casado con Ana de Austria, hija de Felipe III y hermana de su rival, Felipe IV.

Oliver Cromwell, 1599-1658
Diputado del Parlamento de Carlos I, se distinguió por su defensa del puritanismo. Poco a poco fue logrando celebridad por sus ataques a la monarquía. Cuando estalló la guerra entre el rey y el Parlamento, venció en varias batallas, condenó a muerte a Carlos I y proclamó la república o *Commonwealth* en 1649. Su gobierno derivó hacia una dictadura militar.

Jacobo I, 1566-1625
Hijo de María Estuardo, sucedió a Isabel I en el trono, en 1603. Gobernó por medio de favoritos y dirigió una impopular política exterior de acercamiento a España, hasta el punto de que se barajó la posibilidad de un enlace del príncipe de Gales con una princesa de la Casa de Austria. Debido a ello, se ganó la hostilidad del Parlamento. Aunque se mantuvo fiel al anglicanismo de sus predecesores, no persiguió a los católicos.

y que, en buena parte, simbolizaron a su régimen, fueron suprimidas, aunque no en su totalidad.

La guerra, siempre la guerra

En su lugar, los Consejos Supremos recuperaron su peso tradicional. Por otra parte, la política hacendística quiso ser menos onerosa sobre los castigados hombros de los contribuyentes. Pero la guerra, siempre la guerra, una guerra que ni parecía tener fin ni parecía poderse ganar, no dejaba muchas opciones. En la maraña de la Guerra de los Treinta Años, los principales objetivos españoles seguían siendo el conflicto con las Provincias Unidas, acerca de las cuales se habían iniciado unas negociaciones muy trabajosas; el titánico enfrentamiento con Francia, la otra gran potencia católica, que ahora se dilucidaba también sobre suelo catalán; la recuperación de Portugal, que no pudo ser objetivo prioritario a causa de la multitud de frentes abiertos y de la dificultad de atender a todos por igual, y la defensa del legitimismo de los Austria en los conflictos del interior del Imperio.

> En la Guerra de los Treinta Años, las metas españolas eran los Países Bajos, el pulso con Francia y recuperar Portugal

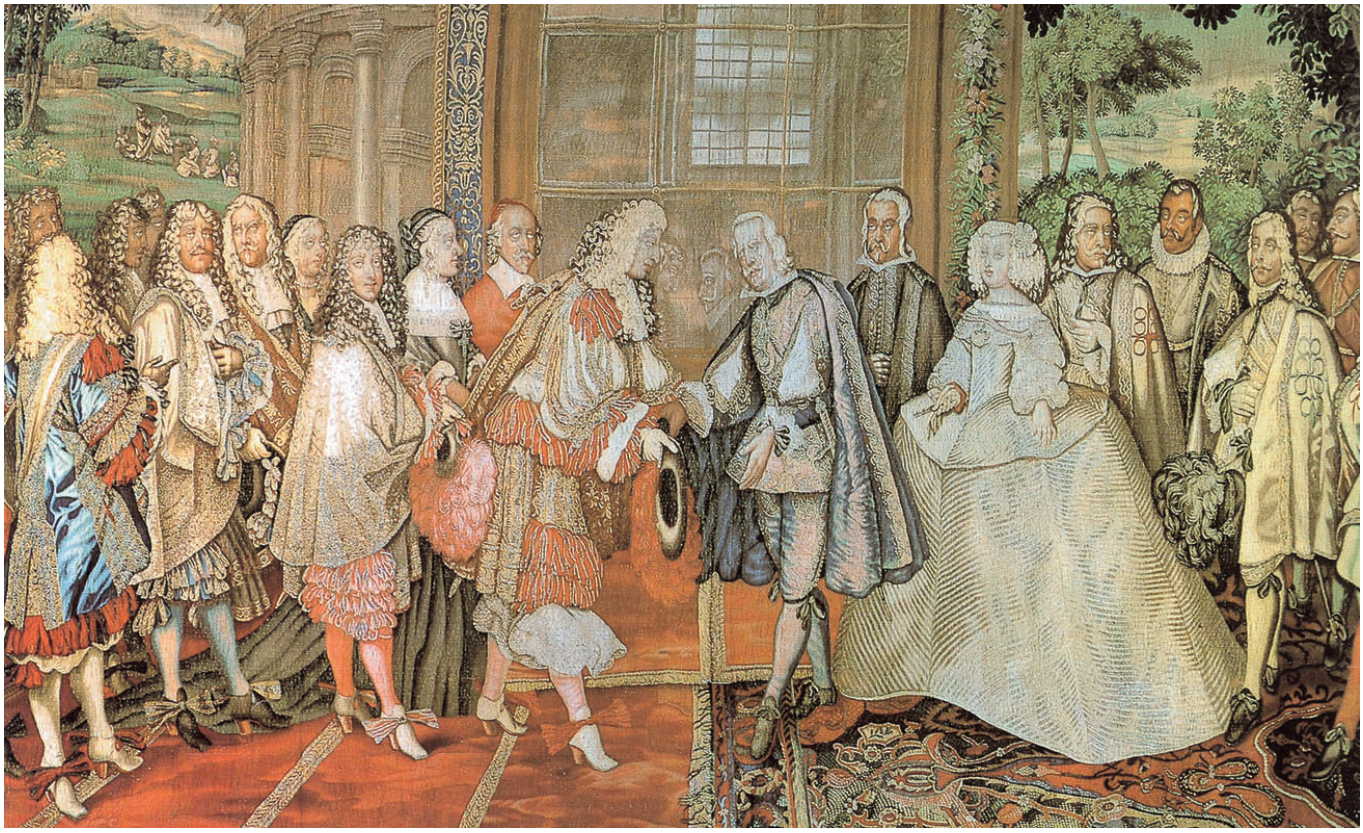
Las Cortes de Valencia de 1645 y las de Aragón de 1646 supusieron un apoyo político y financiero capital de ambos reinos a la política de Felipe IV de recuperar Cataluña. Tras haberse puesto bajo soberanía borbónica francesa a inicios de 1641, el Principado se encontraba ahora en una situación de práctica ocupación militar francesa, dirigida por unos virreyes nombrados desde París, que contaban con un aparato militar del que nunca dispusieron, ni con mucho, los virreyes españoles. En 1644 las armas de Felipe IV habían tomado Lérida, ciudad en la que entró el rey en persona para renovar allí el juramento de las leyes y constituciones catalanas que hiciera al inicio de su reinado. Este hecho tuvo una enorme carga simbólica, máxime cuando los movimientos de resistencia catalana al dominio francés se iban haciendo más frecuentes, hasta llegar al encarcelamiento en 1646 de Gispert d'Amat, diputado eclesiástico y presidente de la Generalidad.

También en 1646 se celebraron Cortes de Castilla. En ellas se intentó de nuevo corregir el desequilibrio que fatídicamente asfixiaba al sistema impositivo: como en tantos otros países, el pechero castellano estaba sometido a una heterogénea variedad de figuras impositivas, cada una de ellas a cargo de agentes recaudadores distintos, de tal modo que se producía una gran diferencia entre las cantidades tributadas y las que finalmente llegaban a las arcas reales.

Por ello se volvieron a estudiar ciertos proyectos de contribución única, como el llamado medio de la harina. Pero si este desequilibrio financiero era un rasgo común en la Europa del momento, la situación de los sectores productivos españoles presentaba rasgos negativos propios. Según ha sintetizado Carmen Sanz Ayán, en conjunto no puede hablarse de decadencia económica sin más. Si bien desde inicios de siglo XVII, las significadas voces de los arbitristas venían alertando de dificultades en distintas actividades, y si bien la coyuntura general europea era de recesión, la realidad estadística ahora conocida obliga a modificar, por lo menos en parte, tan sombrío panorama. No se trataba de decadencia económica española general, sino más bien de transformaciones y ajustes, e incluso de especialización en diversos sectores.

De todos modos, algunos signos eran inequívocos: mientras el comercio interior sufría una desintegración de determinados circuitos, la industria naviera dependía de la importación de productos básicos (brea y mástiles) desde el Báltico. Era significativo que España debiera importar productos de hierro procedentes de Suecia, gran potencia luterana que se había involucrado a fondo en la Guerra de los Treinta Años y que era, por tanto, enemiga.

Además, en 1647 llegaron los estragos de la peste, que se prolongarían hasta 1652, afectando gravemente el Levante peninsular y Andalucía. Los responsables de Hacienda no pudieron evitar



Encuentro de Felipe IV y Luis XIV en la isla de los Faisanes, según un tapiz de Charles Lebrun, Madrid, Embajada de Francia.

aplicar nuevas emisiones de vellón y otras manipulaciones monetarias ni tampoco caer en nuevas suspensiones de pagos en 1647 y 1652, que se sumaban a la de 1627. El cúmulo de tales adversidades fue lo que don Antonio Domínguez Ortiz llamó, en un famoso artículo, "la ruina de la aldea castellana".

Con semejante trasfondo, los años 1647 y 1648 fueron testigos de un reguero de sublevaciones y levantamientos populares que no parecía detenerse. Valencia ciudad, Palermo, Nápoles, Granada, Córdoba, Sevilla y otras poblaciones andaluzas y México conocieron agitaciones diversas. La mayoría de ellas respondía al tipo de motines de subsistencias provocados por la escasez y carestía del pan, pero su eventual derivación hacia conflictos políticos de mayores trascendencias no dejó de estar siempre presente.

Pesadilla en Valencia y Nápoles

Éstos fueron sobre todo los casos de Valencia, donde las protestas se refirieron también a la supresión por el virrey del régimen municipal insaculatorio de la capital, que sería restituido a los pocos meses; y de México, donde el implacable celo reformador del obispo y visitador Juan Palafox y Mendoza concitó la enemistad de las fuerzas vivas locales, tanto eclesiásticas como laicas, que finalmente lograron su destitución. La rebelión de Nápoles fue la que revistió mayor gravedad. Iniciada en la plaza del Mercado de la ciudad, bajo el liderazgo efímero del pescadero Masaniello, que se convertiría en una de las figuras populares más conocidas en Europa, derivó en un ensayo de gobierno municipal independiente durante el invierno de 1647 a 1648, el cual, pese al decisivo apoyo francés, acabó ante la doble acción militar y diplomática de don Juan José de Austria, quien obtuvo la vuelta negociada de la ciudad a obediencia de Felipe IV.

En cuanto a las alteraciones andaluzas, que, con algunos lapsos, se prolongarían hasta 1652, sus protagonistas fueron sobre todo los sectores menestrales de las tres capitales. Con grados variables de violencia callejera, durante la que el grito más coreado fue el tradicional de "¡Viva el rey y muera el mal gobierno!", en las tres se repitió el mismo esquema: destitución popular del corregidor, nombramiento en su lugar de una persona perteneciente a las familias acomodadas de la ciudad que contaba con fama de hombre bueno entre los sectores populares, intervención pacificadora del clero, represión moderada sobre los cabecillas y amplio perdón real final.

A los movimientos citados hay que sumar dos episodios más, claramente individualizados, sucedidos asimismo en 1648. El duque de Híjar, noble de origen cántabro, que tomó el título de su esposa aragonesa, fue detenido junto a otros tres caballeros, acusados de oscuras conspiraciones secesionistas con apoyo francés que, en cualquier caso, no contaron con el menor apoyo en Aragón. Parecidamente, el capitán navarro Miguel de Itúrbide fue asimismo encarcelado por sospechas del mismo tipo, que no se llegaron a concretar, pese a lo que murió en prisión. Además, el marqués de Ayamonte, que estaba preso desde su conjura andaluza de 1641, fue ejecutado.

Junto a las movimientos de separación de Cataluña y Portugal, iniciados en 1640 y que proseguían su curso respectivo, este conjunto de levantamientos y agitaciones constituyen la manifestación española de un fenómeno europeo coetáneo de mayor alcance: la sorprendente simultaneidad de episodios revoluciona-

El príncipe Baltasar Carlos a caballo, bajo la mirada de sus padres (en el balcón) y en presencia del conde-duque de Olivares, en las dependencias del **Palacio del Buen Retiro** (por Velázquez).

rios de mayor o menor envergadura sucedida durante la década de 1640. La Revolución y Guerra Civil Inglesa, que involucró asimismo a Escocia e Irlanda (1642-1649), y la Fronda francesa (1648-1652) son los otros grandes sucesos de un vasto panorama que la historiografía entronizó hace ya algunas décadas con la expresión "crisis central del siglo XVII".

Sin embargo, en España no es menos llamativa la simultánea ausencia de levantamientos en otras partes, pese a que las circunstancias parecían tan propicias para ellos. Ni el reino de Aragón ni el de Valencia se sublevaron, mientras que Castilla, cuyas agitaciones han permitido a Juan Gelabert calificarla adecuadamente de "convulsa", no conoció una sublevación de mayor profundidad ni consecuencias.

Desde que J.H. Elliott subrayara la importancia de esa otra cara de la moneda, la "no rebelión" viene atrayendo la atención de los historiadores. Sucede, sin embargo, que no es nada fácil establecer las causas por las cuales un fenómeno histórico dado no sucedió, por mucho que, a tenor de las circunstancias del momento, parezca presumible que fuera a suceder. Uno de los motivos que ayudan a explicar la no rebelión en Castilla, señalado por Elliott, fue la destitución de Olivares, pues desactivó de golpe la oleada creciente de descontento que se estaba levantando en diversos sectores políticos y sociales.

Otro motivo, señalado por Gelabert, es que la Corona retiró aquellos proyectos que más oposición levantaron, empezando por el impuesto sobre la sal, en 1632. Y Ruth McKay ha subrayado la inusitada capacidad de las localidades y corporaciones castellanas para negociar, sortear o demorar las exigencias de la Corona en la recluta y leva de soldados.

En el mismo sentido, y en relación a los conflictos producidos en los años 1646-1648, antes referidos, es significativo que el régimen insaculatorio fuera restituido en Valencia, Palafox y Mendoza fuera apartado de sus cargos en Nueva España y los nuevos corregidores aupados por la multitud fueran aceptados en las tres capitales andaluzas. Por otra parte, la nobleza como grupo –y a diferencia de lo sucedido en Francia– no llegó a sentirse lo suficiente a disgusto con aquel estado de cosas, como para arriesgarse en aventuras sediciosas de futuro incierto.

Sea como fuere, la capacidad del gobierno de Felipe IV de evitar males mayores en una larga serie de conflictos internos obliga a cuestionar los tópicos sobre la decadencia, todavía tan asentados en la visión habitual sobre la España del siglo XVII. También la escena internacional ofrece elementos para una tarea parecida. Mediante la paz con las Provincias Unidas firmada en Münster, en el marco de las Paces de Westfalia de 1648, la monarquía española reconoció finalmente su independencia. Westfalia marca un hito en la historia de las relaciones internacionales y en la consolidación del sistema europeo de estados. Con todo, no puso fin al conflicto franco-español, que, iniciado en 1635, iba a perdurar todavía hasta 1659.

Luis de Haro, nuevo valido

Esta etapa contempló la consolidación de don Luis de Haro como el nuevo valido de Felipe IV, confirmándose así lo que diversos indicios anteriores hacían pensar. Con todo, es de señalar que tanto por la conocida voluntad del rey de no delegar sus obligaciones como por el carácter del propio Haro, tan distinto de los impetuosos modos de su tío, la forma de ejercer el valimiento ofreció visibles diferencias respecto a las de Olivares. Además, el duque de Medina de las Torres conservó un cierto relieve en los asuntos de gobierno. La guerra con Francia y, en particular, la recuperación de Cataluña, siguieron siendo uno de los objetivos principales del gobierno, que ahora debía perseguirse en un marco de relaciones internacionales distinto. Tras la decapitación de Carlos I Estuardo en

1649, la irrupción en el tablero internacional del Protectorado británico de Cromwell, con su agresivo expansionismo colonial, fue un factor a añadir a los cambios establecidos por Westfalia. Las Provincias Unidas, enzarzadas en el que sería largo choque colonial con el Protectorado, se convirtieron ahora en aliadas de España, la cual, por su parte, perdió Jamaica a manos inglesas. Mientras tanto, Francia intentó jugar la baza del Protectorado a su favor.

Tres éxitos

En este nuevo tablero internacional, en el año 1652 las armas de Felipe IV lograron la recuperación de tres plazas de primera importancia: Dunkerke, Casale y Barcelona. Estos tres resonantes éxitos constituyen un recordatorio de que tampoco en este aspecto deben exagerarse los signos de decadencia, los cuales, en cualquier caso, no dejaban de ser visibles, como habían puesto de manifiesto las severas derrotas padecidas en Rocroi (1643) y Lens (1648), consideradas habitualmente como señal del fin de la que había sido duradera hegemonía de los tercios españoles en los campos de batalla centroeuropeos.

El héroe de la recuperación de Barcelona fue don Juan José de Austria. Tras negociar con las autoridades municipales las condiciones de su capitulación, concedió un perdón general en nombre de su padre, el Rey, y el día 13 de octubre realizó su entrada en la ciudad. La parte de Cataluña que permanecía aún bajo soberanía borbónica siguió mayoritariamente la opción de la capital. El regreso de ciudad y Principado a la obediencia de Felipe IV se realizó mediante el mantenimiento de sus privilegios y leyes, excepto que la Corona se reservó la capacidad de supervisión de las insaculaciones del *Consell de Cent* barcelonés y de la Diputación General. Si éste era un cambio importante, no menos cierto es que Felipe IV desestimó un programa de represión claramente más severo que le fue presentado por el Consejo de Aragón.

La extenuante guerra con Francia llegó a su final en 1659, con la Paz de los Pirineos. Firmada por don Luis de Haro y el cardenal Mazarino en unos pabellones reales levantados en la isla de los Faisanes, en el cauce del Bidasoa, cerca ya de su desembocadura, sancionó el ascenso de la Francia de Luis XIV a la hegemonía política y militar en el continente. Pero en el aspecto territorial no resultó demasiado gravosa para la monarquía española, pues ésta cedió tan sólo el Artois, el Rosellón y parte de la Cerdaña. En el aspecto económico, en cambio, claramente más lesivos resultaron los artículos que concedían a Francia amplias ventajas, que abrieron los mercados españoles a los productos manufacturados franceses.

Concluida la paz con Francia, Felipe IV pudo por fin dirigir sus menguados recursos a la recuperación de Portugal. A lo largo de los años anteriores las hostilidades entre España y el Portugal bragancista se habían reducido a una guerra de baja intensidad, cuando no a meros saqueos. No habían faltado tampoco operaciones de mayor enjundia, con resultados alternos: toma de Olivenza por los españoles y victoria portuguesa en Elvas. Pero ahora, y pese al fallecimiento de Haro en 1661 y a la postura de Medina de las Torres, partidario de la negociación, la monarquía de Felipe se aprestó a un esfuerzo bélico extremo. Para acometer la que había de ser ofensiva final, se procedió a nuevas operaciones monetarias y a otra suspensión de pagos en 1663, la cuarta del reinado. Pero las severas derrotas españolas en Estremoz (1663) y en Montes Claros (1665) zanjaron la cuestión en favor de Portugal, que, gracias también al apoyo directo militar y diplomático de Francia y de Inglaterra, vio finalmente reconocida su independencia en 1668, junto a su vasto imperio ultramarino. Ceuta, plaza portuguesa que en 1640 no había secundado el levantamiento de Juan IV, permaneció bajo soberanía española.

Profundamente decepcionado, Felipe IV falleció poco después del desastre de Montes Claros. Su reinado de cuarenta y cuatro años, uno de los más largos de la historia de España, no conoció ni un sólo año sin guerra abierta en un frente por lo menos. Durante su segunda mitad se agudizaron los desarreglos financieros, se extendieron los levantamientos sociales y se perdió inequívocamente la hegemonía internacional largamente ostentada. Pero la segunda mitad también presenta activos no menores: la capacidad de contención de gran parte de esos mismos levantamientos y el logro en no salir tan malparado en pérdidas territoriales como pudo llegarse a temer. Gran parte de la sociedad española quedó postrada, sin duda. Pero esta otra cara de la moneda no debe ser subestimada, sino que obliga a reconsiderar la intensidad, manifestaciones y ritmos de la decadencia. ■

Mariana de Austria actuó como regente durante la minoría de edad de Carlos II, por Velázquez, Madrid, Museo del Prado.

Durante los 44 años de reinado de Felipe IV, uno de los más largos de la historia de España, no hubo ni uno sólo sin guerra

El Atlas del marqués de Heliche

UN INMENSO

Un equipo de historiadores españoles ha descubierto un excepcional documento cartográfico sobre las plazas fuertes del Imperio español en 1655. Los tres investigadores explican el origen y las peripecias del hermoso libro, cuya recuperación sucede en poco tiempo a la del Atlas de España encargado por Felipe IV a Pedro Texeira

A finales de 1689, la ciudad de Madrid fue testigo excepcional del comienzo de una gran almoneda pública protagonizada por las herederas de don Gaspar de Haro y Guzmán, marqués de Heliche y VII marqués del Carpio tras la muerte de su padre. En ella se liquidaba buena parte del fabuloso patrimonio que había logrado acumular a lo largo de su vida el que fuera hijo primogénito del último valido de Felipe IV. Las transacciones tuvieron lugar en la casa familiar del Jardín de San Joaquín y a ellas acudieron no sólo los numerosos acreedores del marqués, sino también compradores de diversos rincones de Europa. Entre ellos se encontraba el diplomático sueco Johan Gabriel Sparwenfeld quien, durante los primeros meses de 1690, consiguió hacerse con algunas de las más valiosas joyas librarias y manuscritas de la imponente biblioteca del marqués del Carpio, para trasladarlas a Suecia. Sparwenfeld satisfacía así los deseos de su rey, Carlos XI, quien un año atrás le había encomendado la rocambolesca misión de rastrear documentalmente por toda Europa occidental el pasado godo de la nación sueca. Por tanto, la misión diplomática que trajo a Sparwenfeld a España es bien conocida, al igual que el paradero del material que fue adquirido en Madrid, buena parte del cual hoy se conserva en la Biblioteca Real de Estocolmo y en la Biblioteca de la Universidad de Uppsala.

Sin embargo, nada se sabía de un precioso *Atlas* que fue también adquirido por Sparwenfeld en la almoneda del Jardín de San Joaquín. Esta obra cartográfica, que perteneció al marqués de Heliche, ha permanecido en Suecia desde hace más de tres siglos, custodiada primero en la Biblioteca Real y, más tarde, en el Archivo Militar de la ciudad de Estocolmo, el Krigsarkivet, a donde se trasladó en 1880 por decisión real, y donde se conserva en la actualidad en la sección Handritade Kartverk, volumen 25.

El azar y una buena dosis de intuición han hecho posible que tan importante legado fuera localizado hace tres años por Carlos Sánchez Rubio, quien por entonces se encontraba trabajando en la creación del Museo Luis de Morales de la ciudad de Badajoz. Las pesquisas para localizar un plano de esta ciudad extremeña le llevaron a contactar con el Archivo Militar de Estocolmo. Inmediatamente se organizó un viaje a la ciudad nórdica para contemplar y analizar *in situ* el hallazgo. Un viaje que siempre

Felpe IV en 1632, por Velázquez. La cartografía fue muy importante en la Corte del **Rey Planeta**, Londres, Galería Nacional.

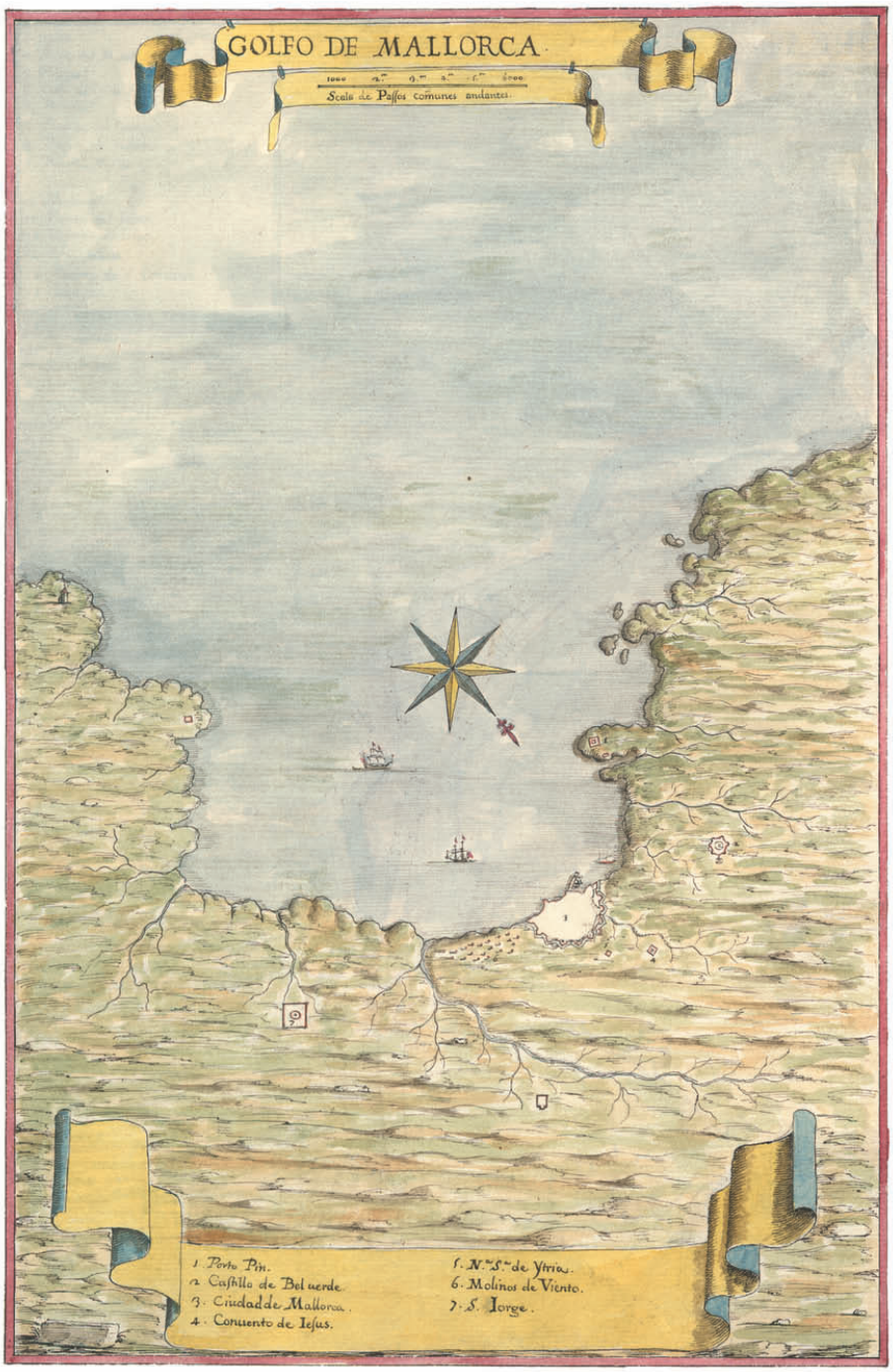
Isabel Testón Núñez es profesora titular de Historia Moderna, Univ. de Extremadura.
Rocío Sánchez Rubio es profesora titular de Historia Moderna, Univ. de Extremadura.
Carlos Sánchez Rubio es gerente de la empresa 4 Gatos Badajoz, S.L.

TERRITORIO

recordaremos con mucha emoción por el éxito de nuestra empresa y por la exquisita atención del personal del Archivo, a quienes conseguimos contagiar nuestro entusiasmo. Nos encontrábamos ante una obra inédita y desconocida para la historiografía modernista, realizada a principios de la década de 1650 por un pintor italiano, a quien se la encargó uno de los mayores coleccionistas de arte de la historia y un personaje de gran influencia en la Corte española de la época: don Gaspar de Haro y Guzmán.

El *Atlas* se encuadernó en Madrid en 1655, con el título de *Plantas de diferentes Plazas de España, Italia, Flandes y las Indias*. Incluía 133 imágenes de planos, vistas y descripciones de asedios y batallas del Imperio de Felipe IV, pretendiendo mostrar el espejismo de una monarquía todavía imbatible en Europa. El *Atlas* de Heliche no fue realizado para ser divulgado o mostrado a personas ajenas al entorno de donde surgió, sino para ser un tesoro de alto interés político y militar que su dueño guardó celosamente durante muchos años. Un tesoro que formaba parte de su impresionante biblioteca, que fue la admiración de todo Madrid, donde se custodiaba junto a otros muchos volúmenes de cartografía, a la que Heliche fue tan aficionado. Con ese mismo título aparece el *Atlas* consignado en el inventario de la biblioteca que se realizó tras la muerte de su propietario y que conocemos gracias a la generosidad del profesor Fernando Bouza.

Estamos ante un nuevo hallazgo cartográfico que sitúa una vez más en el punto de mira de la investigación histórica a la cultura cartográfica de la Corte del *Rey Planeta*. En fechas recientes Fernando Marías y Felipe Pereda descubrían la magnífica obra que el cartógrafo portugués Pedro Texeira hiciera por encargo de Felipe IV. Dos obras tan



Planta del Golfo de **Mallorca**, una de las pocas láminas verticales del *Atlas* del marqués de Heliche, confeccionado por el pintor italiano Leonardo de Ferrari.

diferentes en cuanto a contenidos y objetivos, pero muy próximas en hermosura. Es posible que Heliche, como en otras tantas parcelas de su vida, tratara de emular y de paso agradar a su monarca con esta obra digna de reyes.

El *Atlas* fue dibujado entre 1650 y 1655 por Leonardo de Ferrari, pintor italiano con escasa huella documental en España, pero con prestigio. La obra recrea con bellas imágenes un espacio nada idílico, pues lo que en él se plasma es un recorrido por las "llaves del Imperio", plazas fuertes y lugares estratégicos que configuraban las fronteras tensionadas del entonces Imperio hispánico. Contiene 133 imágenes de plazas fuertes, vistas de enclaves y descripciones de asedios y batallas localizadas todas en las fronteras terrioriales y marítimas, en las "zonas calientes" del Imperio de Felipe IV. Éstas por aquellos años se concentraban, sobre todo, en las penínsulas Ibérica e Itálica, pues en una y otra se encontraban los más importantes frentes bélicos que tenía abiertos la monarquía en el momento de la ejecución del *Atlas*. En el caso de la Península Ibérica –con 58 planos– todos los ejemplos que copió Ferrari pueden ubicarse, sin excepción, en torno a las fronteras terrestres y marítimas surgidas a raíz de los conflictos que a mediados de siglo llegaron a poner en peligro la supervivencia misma de la monarquía hispánica. La frontera pirenaica,

Johan Gabriel Sparwenfeld adquirió para Suecia el *Atlas* del marqués de Heliche, Universidad de Uppsala.

cuya atención volvía a un primer plano tras el estallido en 1635 de la guerra hispano-francesa, y los frentes bélicos que originaron las insurrecciones de Cataluña y Portugal desde 1640. Por su parte, el frente italiano –con 55 imágenes– se subraya con los planos de los presidios de la Toscana, las plazas fuertes que jalonaban el célebre Camino Español y las fortalezas que defendían el Milanesado, el corazón del Imperio en Italia; sin olvidar las fronteras marítimas en el área mediterránea, donde Sicilia adquiere una importancia relevante.

Queda claro que cuando se materializó el proyecto cartográfico de Heliche los frentes militares que hemos referido no eran los únicos que tenía abiertos la monarquía hispánica, pero sí es verdad que eran los más acuciantes en la política de supervivencia, ya por entonces predominante en esta Monarquía. Por ello Flandes y el Imperio colonial, aunque visibles en el *Atlas* –con 4 y 13 imágenes, respectivamente– delatan un nivel menor de interés, bien porque los conflictos abiertos en esos espacios estaban en vías de solventarse, o porque otros mayores minimizaban la problemática presente en estos territorios.

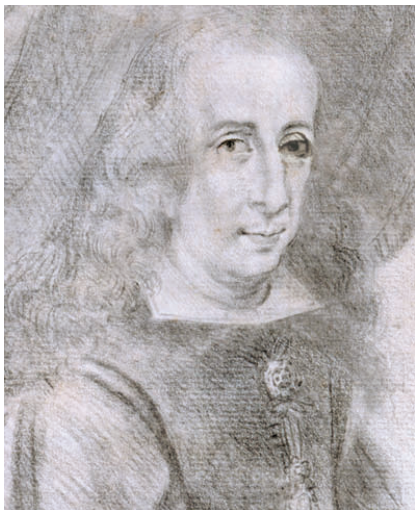
Tanto la traza de los dibujos, como la firma que sistemáticamente Ferrari estampó en ellos, testimonian que toda la obra fue realizada por su mano. Un pintor y no un cartógrafo o ingeniero militar, al que don Gaspar proporcionó información secreta procedente del palacio familiar de Madrid, donde se custodiaban no sólo los documentos militares producidos durante el valimiento de su padre, sino también aquellos originados en la privanza de su tío abuelo, el conde-duque de Olivares.

El pintor dispuso de iniciativa a nivel

Don Gaspar de Haro y Guzmán

Don Gaspar de Haro y Guzmán –marqués de Heliche, VII marqués del Carpio, II duque de Montoro y III conde de Morente–, fue un personaje de gran relevancia en la Corte española del siglo XVII. Nació en Madrid en 1621 y fue el primogénito de don Luis Méndez de Haro, valido de Felipe IV, y de doña Catalina Fernández de Córdoba, hermana del conde-duque de Olivares. Su amistad con el malogrado príncipe Baltasar Carlos y su condición de hijo del valido presiden la primera etapa de su vida, en la que títulos, cargos y prerrogativas le permiten alcanzar la cima de su posición social y política. Fue en este contexto cuando mandó ejecutar el *Atlas* a Leonardo de Ferrari.

La muerte de su progenitor precipita su descrédito en la Corte y su descenso político, que en parte consigue frenar participando



Don Gaspar de Haro y Guzmán, anónimo a lápiz, Madrid, Biblioteca Nacional.

en algunos episodios de la Guerra de Portugal. En 1668 fue nombrado plenipotenciario español en la firma de la paz con la que se puso fin a la guerra de Restauración portuguesa, y años más tarde fue designado sucesivamente embajador en Roma y virrey de Nápoles. Fue sobre todo en Italia, durante los años que permaneció como representante de la Corona española, donde desarrolló hasta límites inimaginables sus actividades de coleccionista, cuando la avidez por las obras de arte, especialmente las pinturas, había presidido gran parte de su existencia. Su afán coleccionista consumió su inmensa fortuna. Cuando la muerte le sorprendió en Nápoles, en 1687, sus herederas optaron por subastar en Madrid buena parte de sus colecciones de libros, obras de arte y documentos.

estético, pero el contenido de la obra fue dirigido por el marqués de Heliche, seleccionando el material que debía representarse en ella. Interesa resaltar el origen y las características de ese material, ya que se trataba de una documentación excepcional, de uso restringido por razones de seguridad. Un material cartográfico de autoría, escalas y procedencia muy diversas que el pintor uniformó y embelleció para dar a la obra el aspecto homogéneo y estético con el que finalmente se encuadernó. Algunos de los planos que sirvieron de modelo al pintor viajaron también a Suecia junto con el *Atlas* y se encuentran depositados en el mismo archivo.

Propaganda y poder

Aun teniendo presente la excepcional personalidad del marqués de Heliche y su obsesión por el coleccionismo, cuesta aceptar que el *Atlas* fuera concebido exclusivamente para la autocomplacencia. Es sabido que el marqués de Heliche y otros aristócratas de la Corte madrileña coleccionaban pinturas, porque esa práctica se había convertido en un medio casi imprescindible para mantenerse cerca del monarca, para afianzarse en el poder y para poner de manifiesto su posición privilegiada.

Creemos que los dibujos del *Atlas* escondían fines que trascendían el puro interés estético. La obra se encuadernó apresuradamente en 1655 y hay muchos indicios que apuntan a que está inconclusa. Puede ser que se finalizara con premura, porque su promotor lo estimó oportuno, o porque el pintor no pudo proseguirla, pero no podemos obviar las negociaciones de paz entre Francia y España, en el verano de 1656, en las que actuaba como plenipotenciario de la delegación española Luis Méndez de Haro. Es posible que su hijo quisiera obsequiarle con esta exquisita obra para que la utilizara como material de trabajo en las negociaciones. Pero de lo que no cabe la menor duda es de que el *Atlas* se concibió también con fines propagandísticos, al servicio de la familia de Haro, como confirma el contenido de las imágenes.

A comienzos de la década de 1650, la monarquía hispánica vivía momentos de "gloria", en los que su poderío militar parecía resurgir, superando los grandes reveses de años precedentes. Tal sensación era un espejismo que duró poco.

Perspectiva del Castillo de Sciacca, una fortaleza en la isla de **Sicilia**, que era decisiva para el control del Mediterráneo.

Apenas unos instantes de gloria, en los que algo tenía que ver el hombre que manejaba el timón de la monarquía al lado del rey: Luis Méndez de Haro. Por eso una persona tan cercana a él, como era su primogénito no dudó en aprovechar esa sensación de triunfo para ensalzar ante el rey y la Corte a don Luis, y de paso a los suyos, en aras de su exclusiva promoción personal, coincidiendo con unos años en los que don Gaspar acariciaba la idea de suceder algún día a su padre en el valimiento.

El marqués de Heliche no ignoraba las modernas formas de propaganda del poder, entre las cuales la representación visual se había revelado de las más eficaces. Por ello, concibió que uno de los mejores medios para ensalzar la política de su padre ante los ojos del monarca era dejarla plasmada en imágenes que relataran los triunfos alcanzados por las tropas del rey de España durante la privanza de don Luis Méndez de Haro. Sólo victorias y plazas conquistadas, nunca derrotas y enclaves perdidos; ese fue el lema en la representación. El marqués de Heliche no inventaba nada nuevo. ¿Acaso las pinturas que decoraban el Salón de Reinos del Buen Retiro no cumplían una función similar? Unas pinturas donde la grandeza militar de Felipe IV y el poderío de España recibieron expresión visible merced a una cuidada selección de gestas victoriosas. En ésta, como en tantas otras facetas de su vida, Gaspar de Haro dio muestras de seguir los pasos de su rey como el más fiel de sus cortesanos.

Un secreto compartido

El *Atlas* localizado en Estocolmo ha sido publicado por la Presidencia de la Junta de Extremadura, con el título *Imágenes de un Imperio perdido. El Atlas del Marqués de Heliche*, Badajoz, 2004. La obra está destinada no sólo a difundir las imágenes que en tiempos sirvieran para satisfacer la autocomplacencia del marqués de Heliche, sino también a dar a conocer el contexto histórico, político y cartográfico en el que se gestó el proyecto. En esta labor han colaborado reconocidos especialistas como Antonio Domínguez Ortiz, a quien de manera póstuma se le dedica la obra, John H. Elliott (Universidad de Oxford), Richad Kagan (Universidad Johns Hopkins de Baltimore), Magnus Mörner (Universidad de Gotemburgo) y Ulf Södeberg y Björn Gävfert (director y jefe de la Cartoteca del Archivo Militar de Estocolmo). Los responsables de la edición de la obra y autores de este artículo incorporan un amplio estudio sobre el contexto histórico en el que se enmarcan las imágenes del *Atlas*.

Las bellas figuras que dibujó el pintor boloñés para deleitar a un "mecenas vanidoso" nunca salieron del ámbito de lo privado, como la política de sigilo de la monarquía católica exigía. Luego, el olvido y la distancia contribuyeron a hacerlas inaccesibles. Hoy, gracias a su edición, el *Atlas* del marqués de Heliche se pone al alcance de los españoles en general y de los investigadores en particular, adquiriendo así un papel social para el que nunca fue concebido. ■

PARA SABER MÁS

ARANDA, F. J. (dir.), *La declinación de la Monarquía Hispánica en el siglo XVII*, Universidad de Castilla-La Mancha, Cuenca, 2004.
ELLIOTT, J. H., *El conde-duque de Olivares. El político en una época de decadencia*, Barcelona, Crítica, 1990.
ELLIOTT, J. H., y otros, *1640. La Monarquía Hispánica en crisis*, Barcelona, Crítica, 1992.
GARCÍA CÁRCEL, R., *Historia de Cataluña. Siglos XVI-XVII*, Barcelona, 1985, 2 vols.
GELABERT, J. E., *Castilla convulsa (1631-1652)*, Madrid, 2001.
VALLADARES, R., *La rebelión de Portugal (1640-1680). Guerra, conflicto y poderes en la Monarquía Hispánica*, Valladolid, 1998.